

DMT
XIX
688

SEÑORES DE SALDÍVAR

R. 67.178

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

SEÑORES
DE
SALDÍVAR

NOVELA ESPAÑOLA

TOMO II

MADRID
IMPRESA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

—
1887



ES PROPIEDAD.



I.

Qué he de contestar á tu carta, Manuel? Que te quiero como siempre: que estoy convencida de que todas las amarguras que hoy estamos padeciendo, son merecidas, por la falta que he cometido: mi pesadumbre más grande, es que yo te haga sufrir á ti, con los sufrimientos míos, pero me consuela además el pensamiento de todo lo que tú me quieres. Pienso en alguna ocasión, que otro en tu lugar, ya se hubiera cansado, poniendo término con su indiferencia á una situación azarosa, y llena de inquietudes; tu bondad, tu constan-

cia y tu hidalguía, hacen que á cada segundo que transcurre, te quiera más: ¡yo te estoy agradecida en lo profundo de mi corazón, Manuel, y tú no sabes que gran sostén del amor es la gratitud.»

«Sí, ven; no me lo preguntes: ven; yo te espero con ansiedad verdadera; mi madre me lo conoce y sufre conmigo, aunque no me diga una palabra: ella es generosa y comprende, aun en medio de su indignación, las agonías que padecemos; conmigo sigue airada y grave; dice que no me perdona, no quiere verme y pasa los días encerrada en su cuarto: yo hago lo mismo, y mi padre... ¡Oh, no quiero hablar de eso! desde el día en que tuvo conocimiento de nuestro crimen, no le he vuelto á ver: él tampoco quiere verme, ni permite que se hable de mí en su presencia; permanece también en su despacho, sin comunicación con nadie, y varias veces que mi madre intentó hablar con él, no lo ha conseguido; así estamos desde el primer día de nuestra llegada á

Laurona. Ven, pues, y no creas que tu presencia ha de aumentar mi pesadumbre; eso es ya imposible en el estado en que están las cosas, tan grande es ya mi decepción y mi desconsuelo; sin embargo, es de todo punto imposible que esto no tenga una próxima solución, aunque estemos inactivos, por la palabra que diste á mi madre de no hacer nada mientras ella no te autorizase.»

«Desde hace veinte días, aquel en que salimos de Madrid, las cosas están lo mismo: mi padre se niega á que le vean, no habla, no quiere vernos á mi madre ni á mí, y en eso consiste todo. Ha estado y está aún igual que en Madrid, desde que empezó á restablecerse algo de su enfermedad, que todos creímos fuese locura: no fué así, á Dios gracias: parece más tranquilo, según Jacinta nos dice; habla ya con algunas personas: el otro día, mi madre, cuyo carácter ya conoces, le preguntó al doctor, como siempre, por el estado en que el enfermo se encontraba, y contestó aquel que no había temor de

peligro ninguno: ella no dice una palabra de nada, pero yo, parece que adivino su pensamiento: cuando esto supo, al tener la seguridad de que su presencia, aunque irritara á mi padre, no había de contribuir á que se perjudicase en su salud, entró de repente en su cuarto. No sé lo que allí pasaría: yo me puse á escuchar y solo pude oír los gritos inarticulados del uno y la voz suplicante de la otra. ¡Pobre madre mía! ¡cuánto la estoy haciendo padecer con mi ligereza! su asombrosa energía, es la que le hace mantenerse firme, puesto que se encuentra combatida y sufre por tantas razones: á la enfermedad de mi padre, á nuestras desgracias y á nuestra situación terrible, tiene que añadir la pena que le causa la intempestiva desaparición de Pedro: no recibe noticias suyas y no sabe qué pensar: solamente sé yo de este asunto, que la dejó una carta al partir; me lo ha contado Jacinta, que fué la encargada de entregársela: es todo cuanto te puedo decir, y no sé por qué presiento que la desapari-

ción de nuestro primo ha de estar íntimamente relacionada con nosotros. ¡Ojalá sea para bien!»

«Te espero con el afán profundísimo de verte, y con una inquietud al mismo tiempo que en vano procuro dominar; pero no le hace, ven; ven pronto. Una cosa te advierto; la conveniencia de que no se sepa en casa que has venido, hasta que yo tenga ocasión de manifestárselo á mi madre; yo no hablo con ella, ni ella lo quiere tampoco; pero Jacinta la habla de mí y me habla de ella. Tú conoces este país como yo; ya sabes el día que te espero; sube por la cañada del *moro* hasta el castillo, allí estaré yo con Jacinta; no sabes con cuánta melancolía recuerdo aquellas dulces horas que pasábamos juntos á la orilla del río, ó dormidos después de comer en la sombra de los naranjos y los limoneros. ¡Porque no volvemos á ser niños! no nos amaríamos aún, con este amor, que más parece odio, por la pena que mutuamente nos causamos con él. Hace

dos ó tres días, estuve en Málaga, y me causó horror profundo ver sus calles, ver sus paseos; verlo todo: la última vez que estuve, fué para salir sin honra, y para que comenzasen nuestras desdichas. ¡Cuán lejos estaba de figurarme entonces, que volvería á este país, cuando no hace cuatro meses que salí de él! Mi padre lo quiso, y creo que tuvo razón; yo no podía fingir más: aquí vivo retraída y sola; nadie del pueblo viene á visitarnos, porque á nadie visitamos: tenemos para ello la disculpa de la enfermedad de mi padre. Muchas tardes, me voy al castillo y subida sobre los rotos muros, miro con tristeza el camino de hierro, que desde la altura en que yo estoy, se divisa, hasta la oscura boca del túnel, como dos rayas bruñidas, cuyas extremidades se hunden en la negra boca de un precipicio. ¡Y pensar que por allí, por aquella cavidad medrosa has de surgir tú para que llegues á mi lado! Déjame Manuel, no me recrimines como siempre: ya sabes que entre todas mis

flaquezas, tengo la de ser supersticiosa. He de decirte más todavía: ya sabes tú que por un extraño capricho de los hombres, en la misma cumbre perforada, para que el tren la atravesase, está el nuevo campo-santo de la población, cuyas altas cruces, y grandes arboledas, se ven asimismo, desde estos medio derrumbados torreones. Tú no sabes cómo me entristezco ante la contemplación de aquel lugar de muerte; me acomete un sudor frío que me hiela los huesos, y me retiro de allí asustada, sin comunicar á nadie mis aprensiones y mis incertidumbres.»

«Ven, Manuel, que tengo mucho miedo; si pienso en la felicidad que ha de venir contigo por aquella oscura boca, pienso entonces en el campo-santo, que estará sobre ti cuando por el túnel pases: sueño con eso mismo todas las noches. ¡A quién costará la muerte nuestra felicidad! ¡Pobre padre mío! ¡Pobre madre! ¡Desdichado de ti! De mí, no te hablo, Manuel de mi alma: lloro mu-

cho pensando en nuestro hijo y en ti... ¡Si yo muriera! Ven pronto, por Dios.

CARMEN. »

Acabó Manuel la lectura de aquella carta, que se sabía ya de memoria: la guardó con mucho cuidado y conteniendo un suspiro, levantó la cabeza para mirar por la ventanilla. ¡Cuánto faltaba aún! Sentíase muy fatigado de no haber dormido en la anterior noche, como igualmente del maceramiento que daban á su imaginación aquellas ideas tristes. Miraba y volvía á mirar por la ventanilla del coche, ansioso de tocar al término de su viaje y recordando con amargura infinita la voz melodiosa de Carmela, al fijar los ojos en los hilos del telégrafo, iguales á enorme pentágrama, desde cuyos mismos renglones partían las notas de los picos de los pájaros.

Llegó al fin, ¡con cuánto amor era esperado por Carmela! ¡Cómo le miraba afanosa!

—Descansa, le dijo dulcemente: aproxímate aquí, á este mirador—y le estrechaba las manos con mucho cariño.—Tiene vistas encantadoras, magníficas; esos dilatados campos, mira qué agrestes y qué risueños; ¡los sembrados están en su más hermosa lozanía; las flores, más bellas en sus tallos, y allá, lejos, muy lejos, ¡ah! con cuánta grandeza y misterio parece que se elevan las montañas, limitando el horizonte! míralas, parecen columnas para apuntalar el cielo... El sol declina ya: su tibio rayo, lo siento yo como el beso de despedida á la tierra; todavía nó, pero pronto, muy pronto, cuando su último crepúsculo se disipa, suelo ponerme triste: es en esa hora, en esos instantes melancólicos que median entre la puesta del sol y la oscuridad de la noche; esos instantes que se me figuran el dolor de la tierra por el sol perdido, para entregarse luego á la muerte desolada de la sombra; creo ver entonces el hermoso dorado del maduro fruto: las curvas caprichosas del retorcido sarmiento, se

me figuran muecas sarcásticas, caricaturas feas de raras visiones; los árboles me parecen personajes extraños que en tropel vertiginoso avanzan hasta mí, para estrecharme en sus brazos descarnados, que son las encorvadas ramas, y murmurar en mi oído, con eco que estremece, tristes canciones, sutiles risas y consejos malos; la tarde termina, la niebla avanza, el espíritu sufre, se comprime, el pensamiento se detiene cobarde, y cuando mi sér todo, inconsciente, camina al caos, surge en el cielo la primera estrella, que inunda el alma con rayo de luz divina: al mismo tiempo, percíbese el eco grave de la campana: ¡es el toque de oraciones! entonces, la luz que inunda el alma, se dilata, abrasando al pensamiento; el pensamiento flota en mares de luz, hiende las esferas, sube más, todo lo traspasa, espacios, nubes, mundos, cielos, llega hasta Dios, el corazón late gozoso, el pensamiento absorbo para otra vez su curso, y estalla el sentimiento en una lágrima.

Hablaron mucho de todo, con alegría inmensa y profundo dolor á la vez. Carmen le dijo que fuese á descansar y obedeció; volvía la cara, encontrándola allá, en el mirador, como la extraña y borrosa imagen de un sueño. Pensando con tristeza estaba en la palidez marmórea de Carmen, en su mirada sin brillo, en su rostro delgado, y sintió en aquel instante que le llamaban ahogadamente.

¡Qué extraño personaje era aquel!... le habló al oído y salió aceleradamente luego: ¡gran Dios! ¡Carmen se había puesto mala de pronto! ¡Carmen moría!

Corrió á casa; un sello de tristeza parecía envolver el edificio; entró y nadie salió á su paso; todas las habitaciones estaban abiertas; todas desmanteladas; todas frías; aquella casa era un desierto, pero un desierto espantoso; sin soles, sin aire; todo mudo, todo sombrío; sin que llenara los espacios el rugido de la fiera, ni la sacudida del simoun. Sintió miedo; quiso volver atrás, pero no

pudo; avanzó, avanzó más: conteniendo los latidos precipitados del corazón, apretábase las manos sobre el pecho; iba con los ojos espantados, los labios secos, contraídos, cadavérico el rostro y vacilante el andar; no pudiendo volver sobre sus pasos, atraído por fascinaciones extrañas á la par que tristes, quiso gritar para que el eco mismo de su voz le acompañase durante un segundo á lo menos en aquella soledad pavorosa; y gritó con toda la expresión de su alma angustiada.

—¡Carmen!... ¡Carmen!...— No contestaron. Avanzó Manuel por galerías solitarias, por habitaciones en tinieblas, y detúvose de pronto ante una cámara profusamente iluminada.

Manuel, que ansiaba la claridad en aquella casa que parecía un abismo, quedó horripilado ante un resplandor que llegaba hasta él, posándose en su rostro; posándose en sus vestidos, como si le hiciera una caricia dulce, como si le diese una bienvenida triste:

Manuel avanzó otra vez; penetró en la cámara; vió en ella un féretro, colgaduras negras, blandones encendidos, un cadáver cubierto de flores...

¡Ay! al grito destemplado que lanzó Manuel, pareció como que el cadáver se removía en el ataúd; como que protestaba; como que despedía al visitante; como que decía en tono mudo:—¡Déjame! tú eres apóstata; tú has faltado, no viniendo á que te bese antes de morir.— Manuel avanzó todavía más; el cuerpo del cadáver vestía cendales blancos; la cara estaba cubierta por lienzo finísimo; no había duda; ¡era Carmen! pero levantó Manuel el lienzo en un ademán convulsivo; sí, allí la vió; era su cabeza modelada, de cabellos negros, de rostro pálido, de sonrisa de niño; parecía una virgen de cera. ¡Sí! Carmen. ¡Su Carmen de su alma! Manuel abrazó el ataúd desesperado; besó á á la muerta con locura y no podía llorar, no podía...

—¡Laurona... cinco minutos!—gritó el mozo de andén.

Y despertó Manuel entonces, profundamente agitado.





II.

IBA Manuel subiendo por la cañada del *moro* y oprimíasele el corazón, recordando los detalles de la carta de Carmela; aquellos días hermosos y bonancibles; aquellos juegos de la infancia, los más queridos porque se recuerdan siempre con amargura: veía Manuel á Carmen con su vestidito blanco, á media pierna; su sombrero de paja y sus trenzas colgando: iban de un lado para otro, llenando de flores su cestito de mimbre y Manuel se acercaba con mucho sigilo á la niña, para sorprenderla y quitarla las flores; gritaba Carmen de

mal humor, por aquel asalto intempestivo, y él sonreía al contemplarla: hacían las paces luego, y Manuel era absuelto gracias á un ramo de heliotropos ó claveles, escogido galantemente para la soberbia muñequita, que reía entonces como una loca, teniendo los ojos llenos aún de divinas lágrimas.

«¡Contrastes y luchas de la vida! ¡A qué pensar en aquello que le hacía comprender con tristeza, que de un modo ó de otro, había nacido para ser el tormento de Carmen, de niña lo mismo que de mujer! Decían todos que Carmen era voluntariosa, brusca, frívola; no y no; Carmela tenía defectos, pero defectos que la hacían más amada aún: él la conocía á fondo; él recordaba todos sus actos desde que era niña, cuando vivían en una intimidad constante; era Carmen generosa, ardiente, noble: los continuos disgustos, le habían agriado ya el carácter, sí; pero donde Manuel encontraba siempre el mérito de la mujer querida, era en aquello mismo que se la podía tachar con razón: en

la constancia, en el afán, en la resistencia tenaz y la resignación con que mantenía aquella lucha, revelándose contra todos los poderes que se la opusieran. Carmen era muy joven, una niña casi, ¡y sus tormentos no tenían comparación! ¡Pobre Carmen! ¡y tan resignada como hermosa! con el dolor de sentirse despreciada por aquellos mismos que la dieron el sér, y con el noble heroísmo de sujetar sus sentimientos propios y llorar en silencio la angustia de tener que oponerse á las determinaciones de su padre, por aquel hijo de la deshonra á quien era preciso honrar!»

Subiendo la cañada, llegó Manuel en estas reflexiones al pié de los rotos muros del castillo: detúvose allí, aspirando con ansia el aire frío y lleno de perfumes; empezaba á anoecer, y se iba cargando el cielo de nubarrones; parecían monstruos negros que luchaban, allá, en lo profundo del espacio, aumentando el número de batalladores, cuanto más encarnizada era la lucha, y parecían

surgir en tropel, con posturas horrendas y muecas espantosas. Oscureció al fin y la rota campana de la iglesia de Laurona, sonó lentamente, anunciando la oración á los devotos; suspiró Manuel, y echó á andar de nuevo; dió la vuelta al lienzo de muro que constituía la fachada, y se encontró en el punto de la cita; era una especie de plataforma, aislada y triste siempre, desde donde distinguía en otro tiempo un magnífico panorama: no le era fácil á Manuel contemplarlo, pero creyérase que tenía grabado en la imaginación el hermoso paisaje; aquella enorme extensión de terreno, que se cubría con la gran arboleda, de limoneros y naranjos, que constituyen la riqueza del país; aquellas huertas más celebradas que los cármenes granadinos; las preciosas casitas revestidas como con verdes túnicas de raso, con las suaves enredaderas, salpicadas de campanillas blancas y azules; el río que pasa cerca, serpenteando y rumoroso, y como conjunto para la animación y movimiento, los trenes

que á menudo cruzaban de acá para allá, y que parecían ahora á Manuel, con sus luces cárdenas y pitar agudo, cíclopes rugiendo, con los enormes ojos encendidos de cólera.

Todas estas bellezas, y la de estar situado muy próximo de la capital, hacen de Laurona un pueblo cómodo para pasar allí la temporada veraniega. Se alza el pueblo en la falda de un monte pizarroso y de bastante elevación, y derrámase por su declive en desigual caserío blanqueado de cal, pero con una blancura amarillenta por el tiempo, á semejanza de algunos encajes antiguos; súbese á Laurona por estrecha cañada, convertida necesariamente en caminejo de herradura, cañada que se forma con los unidos piés de otros dos montes; el de la derecha es el calvario y hay en su extremo una ermita microscópica, como punto blanquecino, que en la estación de los calores, parece dormir entre la aureola del espeso follaje y las hermosas viñas, cuyos sarmientos se buscan, retorciéndose para darse la mano en furtivo y

mutuo agasajamiento; la estrechísima senda, por donde al calvario se asciende, está cuajada de cruces, que figuran brotar de la tierra al mismo tiempo que la frondosa vid; encariñándose algunos tallos vigorosos, con los símbolos cristianos, se abrazan estrechamente á los pedestales y cuelgan de allí grandes racimos de *lairenes* y *doradillas*, como la gracia de Dios que amenaza caer desde las nubes, para dulzura y contentamiento de los humanos.

En la coronación del otro cerro, está el castillo; le llaman de las Torres, por las cuatro torrecillas, desquiciadas y viejísimas, que flanquean los costados del edificio, ruinoso, derrengado, sombrío, con grietas aquí, desmoronamientos allá, y cuyo antiguo patio de armas, por misteriosa relación de las cosas y de los seres, sirve también de cementerio. Tenemos así, que ambos montes parecen encontrados para hacerse guerra interminable y cruel, por la muerte uno y otro por la vida, ostentando el primero como

arma, el mosto confortable de la uva, y el segundo, la blanca y lustrosa osamenta.

Se había sentado Manuel sobre un pedruzco y miraba con avidez hacia el sitio en que se erigía el hermoso albergue de los señores de Saldívar; pero érale imposible verlo, por la oscuridad que reinaba: hacía calor, aunque era la estación propia de los fríos: semejaba el viento arrastrarse por la tierra, con pesadez de gotoso; no se movían las flores ni las hojas de los árboles con esa nerviosidad de la juventud que parece vibrar y que palpita enérgica con los estremecimientos de la vida exuberante, y todo estaba sumergido como en una especie de muda somnolencia, cosa muy frecuente en aquel país caliginoso y lleno de flores siempre: allá, por el lado del río, como igualmente en el horizonte de mar que se distinguía á lo lejos entre la sombra, como una franja blanquecina, parecía levantarse hasta el cielo fina humareda, y hubiérase creído que las nubes más grandes y más oscuras, bajaban

lentamente para envolver y ahogar á Laurona.

Sintió Manuel rumor de pasos: se levantó inmediatamente, y aplicó el oído; se hizo más pronunciado el rumor, y sintióse Manuel impresionado hasta el punto de parecerle que perdía las fuerzas y noción de todo. Aunque tuviese la seguridad de que muy pronto vería á Carmen, parecióle esto un sueño imposible de realizar: no encontraba lógico satisfacer este deseo, sin que ocurrieran grandes cosas: era aquello mucho para ser obtenido á tan poco precio, y en esta creencia que su amor le daba, con las inquietudes y azares de los trabajos ya sufridos, conmovíase mucho y dudaba más; adelantó algunos pasos como en dirección de la persona que llegaba: encontráronse ya muy juntos.

—¡Es usted!—preguntó una voz temblorosa.

A Manuel le entraron ganas de llorar, como á un muchacho: la había reconocido.

¡No era la voz de Carmen! Era la de Jacinta.

—¿No ha venido ella?—preguntó tristemente.

—¡Sí, con la noche que hace!—respondió Jacinta de mal humor;—¿pero no vé V. criatura?—y se tapó los ojos horrorizada.

La atmósfera comenzó á descargarse de electricidad; toda la campiña se iluminó de repente con un relámpago:

—¡Uf!—exclamó la doncella:—¡anda, anda!—y se tapó los oídos;—¡para que viniese la señorita!—Un largo trueno siguió al relámpago.

Manuel respiró más tranquilo, comprendiendo á lo que obedecía la ausencia de Carmen.

—¿Pero está buena? ¿no ocurre nada?—preguntó afanoso.

—Buena? sí, ya lo creo, como si en esa casa pudiera estarlo alguien! ¡Jesús! ¡qué tormentas! ¡y ella quería venir! ¡Yo no sé en lo que piensan algunas criaturas: ¡es claro! ¡he

tenido yo que venir sola! Venga usted, venga usted conmigo, porque sino, me parece que le va á dar algo: ¡vaya una niña, que nos está poniendo á reventar! ¡Ajajá, otro relámpago! ¡Cuando yo digo! ¡Que pise usted firme, ¡eh! no vaya usted á rodar por estos andurriales á última hora! ¡Jesús! los pasos que tiene una que dar por estos muñecos.—¡Por aquí!—y Jacinta saltaba como una corza por riscos y malezas.—Pero diga usted, hombre de Dios—exclamó, parándose de repente,—¿usted no sabe donde anda metido ese hocicón de Pedro?

—No, no sé nada—respondió Manuel distraidamente ¡pero no te detengas!

—¡No te detengas! ¡Es claro!—repitió Jacinta como un basilisco:—¡no te detengas! lo creo, aquí cada uno va á su asunto, sin preocuparse de los demás! Bueno: pues yo quiero ir al mío y quiero saber donde está Pedro. Por supuesto, que en cuánto coja al tal Pericote, lo voy á brear, lo arañó; le saco los ojos; me lo como, sí, que lo pondré como

nuevo, para que no se vaya otra vez de ese modo y nos tenga hechos una lástima con tantísimas cavilaciones, y á Doña Enriqueta más, que no os da fatiga de cómo la tenéis entre todos.

—¡Pero anda!—dijo Manuel febrilmente —yo no he podido remediar que Pedro se marche sin decir adonde.

Jacinta emprendió el camino de nuevo, charlando como una cotorra, y con un humor de los demonios. Menudeaban los relámpagos y multiplicábanse los truenos: el temporal era espantoso: una tormenta horrible, seca; la gran batalla parecía librarse en lo alto solamente; rasgábase el cielo acá y acullá como por el tremendo hachazo de un cíclope, y ardían en la negrura inmensas hogueras; rayos de fuego cruzaban las nubes para caer en la tierra, y se repercutía una y mil veces en los espacios, en las cavidades de los montes, un trueno tras otro, seguido, largo, enorme, cual inmenso tableteo de mundos que chocan.

¡Gracias á Dios!—dijo la doncella áspidamente, y se echó las faldas que había recogido hasta la rodilla casi, para evitar estorbos en el camino: había llegado á la casa.—Váyase usted por las ventanas bajas de atrás; á la primera de la derecha se asomará la señorita: así, así! ya se le ha logrado su gusto; una lástima era; pero en fin, con Dios: ¡me voy pronto porque me parece que me he de poner mala del berrinche!

Manuel no la oía ya apenas: se alejó apresuradamente, con el objeto de dar la vuelta á la casa: una vez allí, miró con ansiedad á la ventana que le indicó la doncella, y se acercó muy despacio, latiéndole el corazón fuertemente: nada vió, estaba muy oscuro: transcurrido un momento, advirtió á la luz de un relámpago que la ventana no estaba abierta, y otra vez sintióse acometido de miedo horrible, no atreviéndose á confiar en la dicha de ver á Carmen dentro de poco, en plazo de algunos minutos, de segundos quizás: hábale hecho la desgracia supersticioso y la tempestad

de aquella noche le parecía un presagio funesto. Se arrimó á la ventana, cuya parte inferior tocaba casi con el suelo: allí permaneció, temblando, presa de grandes inquietudes. Tuvo que reprimirse fuertemente para no lanzar una exclamación: fué que sintió crujir levemente las maderas de la ventana, al entreabrirse con mucho sigilo: abriéronse por último.

—¡Manuel, Manuel!—repetía una voz, apagada, temblorosa, de miedo y de cariño.

—¡Carmen de mi alma, Carmen!—exclamó Manuel, y halláronse sus manos en la oscuridad, se las apretaron hasta lastimarse, estaban absortos, mudos, sintiendo ella la respiración anhelante de Manuel; sintiendo Manuel las ardorosas lágrimas de ella caer sobre sus manos, y esperando los dos en la sombra, como divina gracia, la cólera del cielo que enviase el rayo, para contemplarse mutuamente á su luz siniestra, luminar único de los siniestros amores.

—x—



III.

No te disgustes; yo quería ir, pero no me ha dejado Jacinta; hubiera sido la prohibición de Jacinta inútil, pero tenía yo la seguridad de que no era ella precisamente quien lo estorbaba, sino mi madre, que está al corriente de todo; ¿oyes, Manuel? mi madre sabe que has venido: yo quise que lo supiera, como quiero que sepa todo lo que hagamos; Jacinta se lo dijo en mi nombre y mi madre le prohibió que yo saliese; dijo que vinieras tú; ¡pobre madre! ella vela lo mismo que nosotros, allí; en su cuarto, sufriendo mucho, más que nos-

otros sufrimos todavía, por mi amor, por el de mi padre y por el de todos.

Manuel intentaba en vano descubrir las facciones de Carmela; la oscuridad se lo impedía, y se limitaba á estrechar su mano cariñosamente; ella siguió con su relación, agitada, febril, con el acento entrecortado, y sufriendo asimismo porque no veía el rostro de Manuel.

—Pero dime; dímelo pronto, interrogó este; ¿qué tenías? ¿Qué te pasa? ¡Dime si es verdad que has estado ó estás enferma, ó si fué todo ofuscación de mi espíritu inquieto, y de mi corazón turbado! dímelo, Carmen.

Ella se conmovió mucho de oír el acento apasionado de Manuel; confiaba en él ciegamente y daba por esto á sus palabras lo mismo que sus acciones, todo el valor grandísimo que tenían. Contestó que no; que no estaba enferma; que sufría mucho, sí, pero que era aquel sufrimiento hijo de los azares y las inquietudes por que iban atravesando.—No creas,—añadió Carmen con al-

guna animación, en medio de aquel tono triste que desde hacía ya tiempo daba una expresión dolorosa y amarga á sus frases; no creas; me quejo sin motivo, porque debía tener un consuelo que es de mucha importancia; el cariño de mi madre; de pensarlo solo, me entran ganas de llorar; he sido mala, lo comprendo, y esta es una de las razones más grandes de mis inquietudes: al prohibir terminantemente que yo salga, no ha sido por lo que tú podrías creerlo y yo creí primeramente: no; cuando le dije Jacinta lo que pasaba y que tú ibas á venir, se mantuvo en silencio: es que encuentra inevitable lo que ha ocurrido, y no le desagrade ya que nosotros, débiles pecadores, demostramos, que si bien nos avergonzamos de nuestra culpa, queremos también remediarla del modo que es ya posible. No se opuso, no; estuvo callada, como encontrándolo muy natural. ¡Cuánto la quiero, Dios mío! ¡Cuán buena es y como estoy arrepentida de haberla ofendido! Ella no me habla, no me

mira, pero ¡qué mujer se engaña, tratando de profundizar el corazón de los seres queridos y tratándose del corazón de una madre, sobre todo!

—¿Por qué entonces lo ha prohibido después?

—Por eso mismo; por el cariño que me tiene; cuando le dijo Jacinta que esta noche llegabas y que yo iba á buscarte con ella al castillo, á fin de que no pudiese mi padre saber que tú habías venido, afirmó que mi salida era una locura con el tiempo que hacía y estando yo tan delicada: ella dispuso que nos viéramos por aquí, para que yo no saliera.

Un relámpago brilló entonces y Manuel y Carmela se contemplaron ansiosos: él sintió frío profundo, horror grandísimo de ver la cara de Carmen, delgada, angulosa, amarilla, con los grandes ojos negros, hundidos en las órbitas, y como cubierta la frente de manchas azuladas y sucias.

—No, decía mentalmente Manuel; ha

sido una ofuscación mía, la luz del relámpago; Carmen no puede estar así, y la estrechaba las manos, llorando en silencio, y recordaba con angustia la pesadilla que le acometió en el camino y las supersticiones de la carta de Carmela.

Parecían adivinarse los dos y continuaban en silencio: por una especie de repulsión comprensible, no quería ella hablar ahora á Manuel de sus temores y sus presentimientos angustiosos; y comprendiendo él la causa de tal silencio, no tenía frases para hablar de otra cosa; hubiera querido dar ánimos á Carmen como lo hacía otras veces en Madrid y como lo hizo después en todas sus cartas, pero aquel rostro descarnado como el de una muerta y aquellos ojos tristes, que le parecía ver aún en la sombra, detenían la frase antes de salir y hasta le cortaban el aliento; quería engañarse, con la idea de que todo era hijo de la exaltación propia, sin que comprendiese que aquella indulgencia de Enriqueta para con Carmen,

provenía, más que del amor á la hija, del espanto de contribuir con su rigor á que aumentase la tristeza de aquellos ojos y la demacración de aquella cara.

Intentó serenarse: decir algo de otras cosas; para fingirse á sí mismo un valor que no tenía, habló de otro asunto. Preguntó por Pedro.

—Ya ves, dijo ella, tristemente: encuentro yo en la ausencia de mi primo, alguna cosa que me parece extraña: diría que es un misterio: ya sabes la idolatría ciega que siente por mi madre, á la que considera también como suya: pues bien: de ahí mi extrañeza: no me explico su partida y su largo silencio; lo más extraño, lo más inexplicable aún, es que haga todo esto cuando nos encontramos en tal aflicción.—Manuel iba interesándose en lo que Carmen decía.

—Tú recordarás, continuaba ella,—porque muchas veces lo hemos oído, cuando trataban de este asunto, la historia triste de mi tío, el padre de Pedro: aunque á

nosotros no decían nada, sabíamos que Pedro estaba muy preocupado; que buscaba afanoso el más pequeño detalle que le pudiera poner en buen camino para encontrar á quien así se condujo con su padre: pues bien, creo yo, por algunas palabras sueltas que oí á Jacinta, que el viaje de Pedro se relaciona con este asunto; yo estoy asustada de ver á mi madre: no puedes figurártelo, Manuel; se pasa las noches llorando: no tenía suficiente con lo que nosotros le hacíamos sufrir y ha venido esto: te digo la verdad, algunas veces he olvidado el sentimiento de mi propia pena, para pensar en el de las tuyas: siento muy grandes congojas de no poder estrecharla contra mi corazón y cubrirla de besos consoladores; pensando en ella, en Pedro y aquel hombre honrado á quien no conocía, padre del uno, y hermano de la otra, en lo que me quieren los dos: en lo que me hubiera querido él, en que tenía mi sangre y en que tenía mi nombre; pensando luego en el criminal, en

la muerte de mi tío, en la pobreza de ellos y en las lágrimas de mi madre, me entra así, como una sacudida de cólera y despecho y creo yo que en ese momento, igual que á mi madre ha de suceder, no temblaría de ver asesinar al asesino: créelo, aunque te parezca yo mala y dura. Si muchas veces he deseado yo misma matarme porque la hago sufrir, ¡qué no haría contra los otros que la hacen sufrir también!

Habíala escuchado Manuel con orgullo.

—¿Y tus celos?—preguntó sin poder reprimirse.

—¡Mis celos!—respondió tristemente; sí, tienes razón en recordármelo, por lo mismo que ese recuerdo me avergüenza. Pienso á veces que yo he padecido alguna enfermedad extraña y que hoy me encuentro en la convalecencia de esa enfermedad. Me pregunto cómo he podido llenar mi cerebro de ideas monstruosas, y quedo tan aturdida y confusa como cuando en mal hora las tenía, solo de pensar que las tuve. ¡Celos! sí, tie-

nes razón; ¡pero si tú vieras cómo se sufre y cómo se llora!... y es que tienen los celos color de sangre y de muerte! Quiero consolar-me con la creencia de que no eran celos, sino una monomanía; una de esas extravagancias que suelen acometerme, y que tomó cuerpo más que otra. ¡Mira una prueba! yo estoy convencida hoy de que alguna persona de mi familia ha de morir muy pronto; duermo con mucha inquietud, me levanto asustada, voy al cuarto de mi madre; no entro ¡no puedo entrar! ¡no me dejaría! pero estoy allí, delante de la puerta, llorando, descalza, medio desnuda; me parece que le ha sucedido algo, que va á morir y estoy allí, de ese modo, hasta que me convenzo de que soy una loca; hasta que la oigo levantarse ó andar de un lado para otro: hasta que algo me indica que vive. Con mi padre es igual, y yo, sueño todas las noches que estoy muerta. ¿Ves que desvarío? ¿Qué aberración? pues no puedo remediarlo, me veo muerta, sí, y en medio de mi sueño, me revuelvo en la

cama, levanto los brazos y cierro y abro los ojos mucho, queriendo yo convencerme á mí misma de que lo de mi muerte es una ilusión del sueño. Una cosa estoy siempre pidiendo á Dios y ya tarda en concedérmela; pero estoy segura de que la obtendré; quiero que mi madre olvide mis culpas, mientras dure la ausencia de Pedro y las inquietudes que por esa causa padece; entonces olvidaré yo mi pena, aliviando la suya, ¡oh! si ella me hubiese visto alguna madrugada ante la puerta de su dormitorio, cómo la hubiera abierto para abrazarme!

—¡Quiero verla; quiero hablar con ella!—
exclamó Manuel impetuosamente.

—Lo harás.

—¿Pero cuándo? ¿cómo?

—Yo no sé; pero he de intentarlo de nuevo: sí, he intentar decírselo; que me responda, que me diga lo que piensa hacer ¡que no me perdone, si no quiere! que yo tendré todavía fuerzas para resistirlo, pero que te autorice á obrar si no piensa ayu-

darnos. Y no obstante, si ella quisiera...

Carmen quedó callada, como si hubiese temido ir muy lejos en lo que pensaba decir.

—¿Qué pasaría, si ella quisiera?—interrogó Manuel prontamente.

—Que nos casáramos.

—¡Casarnos!

—Si: en secreto, conocido de ella sola, hasta que un día ú otro mi padre lo supiera y se conformase entonces.

Quedaron los dos en silencio otra vez.

—Mira, dijo él de repente. ¿Y si nos casáramos? ¿qué haríamos?

Y ella respondió con energía:

—Vivir separados el uno del otro; lejos, muy lejos, más que ahora, sin vernos nunca, hasta que mi padre lo consintiese: el casamiento sería para legitimar nuestro amor; sí, Manuel, para quitarle lo que tiene de crimen: desobedecer á mi padre luego, sería el verdadero pecado, porque ya no existiría la disculpa, obrando como obraríamos por un impulso enteramente material.

¡Con cuánta pasión, con cuánto cariño estrechó Manuel las manos de Carmen! Ella sintió un dulce placer de verse así comprendida.

—¿No te parece mal eso?—le preguntó afablemente.

—No, Carmen, no; respondió conmovido;—lo que tú piensas, me parece noble y me parece hermoso; si nuestro matrimonio se realiza en esa forma, te secundaré en lo que hagas, aunque sufra, porque quiero ser digno de ti.

—Y yo quiero que seamos dignos de mi madre,—contestó ella lacónicamente.

—¿Pero hablarás con ella?

—Sí, hablaré; todo se reduce á que me rechace de nuevo;—y suspiró Carmen.

—No, no creo yo que suceda, porque te quiere mucho: lo que sí deseo, Carmela, es que no te desanimes de ese modo; que no me tengas inquieto por tu salud—Manuel recordaba al hablar así, el semblante enflaquecido y manchado y los ojos tristes,—será

ese el modo de que yo esté algo más tranquilo, cosa que no es fácil sin estar á tu lado; solo vendré aquí la noche que tú estés animada y repuesta; yo andaré por los alrededores: límitate á escribirme cuando algo ocurra, ó á enviarme un recado con Jacinta. Adiós.

—¿Te vas ya?

—Quiero que descanses algo; no olvides tampoco, que tu madre vela.

—Bueno, adiós.

Por un mismo impulso de ambos corazones, se hubieran unido las dos bocas en candente beso: pero ninguno lo intentó: habían tenido la misma idea! entre aquellas dos bocas, interponíanse como inmensa mole las puras lágrimas de una mártir. Estrecháronse las manos y se alejó Manuel de la ventana.

La tempestad no disminuía, Carmen quedó un instante mirando con avidez á lo lejos, queriendo divisar en la sombra la silueta del novio; cerró luego las maderas, suspirando; después que hubo cerrado, que-

dó inmóvil, en medio de la habitación, que permanecía á oscuras: suspiró luego otra vez y exclamó lentamente como si respondiera á su propio pensamiento:— ¡Pobre madre!

Echó á andar entonces, pero se detuvo al momento, al sentir un profundo sollozo; no se intimidó, porque era enérgica, pero sentíase con el pecho oprimido. ¡Cuán lejos estaba de figurarse lo que era; sintió que unos brazos la rodeaban, apretándola fuertemente; que unas mejillas ardorosas se posaban en las suyas!... lo comprendió todo; la conoció al momento. ¡Era su madre! La estrechaba Enriqueta dulcemente contra sí; aquellos dos corazones palpitaron juntos y como un eco de aquellas palabras tristes que pronunció Carmela «pobre madre» respondía ahora aquel acento querido, entre lágrimas de placer y perdón:— ¡Pobre hija, pobre hija!

Carmela sintióse morir de felicidad en aquel instante, y oprimíasele el corazón al

mismo tiempo, de crueles congojas: estaba muy débil y aquella impresión inesperada y profunda que recibió, con el abrazo y las palabras de su madre, cayó sobre ella como peso enorme; sintió que las piernas se le doblaban.

—¿Me has estado oyendo?—preguntó débilmente y con acento entrecortado por la vergüenza.

—Sí,—respondió su madre,—te oí, os habéis ocupado más de mí que de vosotros y ese es un principio de nobleza que mi alma reconoce: has estado digna y yo siento orgullo en confesártelo: así, así es como yo te quiero, hija de mi corazón.

Carmela se echó á llorar con su madre y muy bajo, al oído de Enriqueta, con una voz que más que de mujer, hálito de niño semejaba, exclamó dulcemente entre caricias y sollozos;

—¡Siempre te he querido como ahora! no he de mentir, diciendo que antes te quería menos; pero ¡ojalá te lo hubiera hecho com-

prender siempre, como lo haré en adelante! Si no fuera por la amargura y el dolor de mi deshonra, hasta sentiría placer de sufrir todo lo que hoy sufro, por haberme enseñado este sufrimiento á echar á un lado frivolidades de amor propio, que me impedían expresarte mi cariño y toda la ternura con que lo siento: yo siempre seré imperfecta, pero tú ya me has de comprender mejor, disculpándome así, aunque, si Dios quiere que viva, será para que no olvide nunca la terrible moral de las pesadas lecciones que estoy recibiendo: gracias, madre, gracias.— Habíase ido apagando su voz conforme hablaba y sus últimas frases apenas si se oían: la sintió Enriqueta doblarse sobre su cuerpo, y hubiera caído pesadamente á no haberla sostenido.

—¡Vamos, Carmen! anímate, hija—exclamaba la noble mujer. Comprendió en aquel mismo instante todo el inmenso tesoro de amor y grandeza, que había en el corazón de la perrilla gruñona.



IV.

FATIGOSAMENTE pasó la noche Manuel; se levantó muy temprano al otro día y su primera operación, fué dirigirse á la cañada del *moro*: aunque en invierno, calentaba ya el sol bastante; el cielo aparecía despejadísimo; subió Manuel por la cañada, resguardándose del sol con las espesas sombras que los achatados árboles ponían en el camino y respiraba con ansiedad aquel fuerte y purísimo olor del naranjo, que llena toda la campiña.

Subió de este modo lentamente hasta llegar al castillo, que se divisaba allí, en la co-

ronación del monte, con sus lienzos de muralla rotos; sus torrecillas sin agujas y desquiciadas; sus puertas, que horadó la carcoma, de dobladas herrumbres y grandes clavos mohosos y su torreón central, especie de campanario, en uno de cuyos huecos colgaba el esquilón para anunciar la llegada de algún cadáver al extraño cementerio.

Vagó Manuel por las solitarias galerías, que revistió el tiempo con graciosa túnica de hiedra y á través de cuyas techumbres agujereadas, contemplábase como divinal pedazo de gloria, el azul purísimo del cielo de Andalucía.

Desde una de las pequeñas torres, contemplábanse perfectamente los esbeltísimos cierros acristalados de la casa de Saldívar. «¡Allí, tras aquellos cristales de colores, estaba Carmela!» Inmóvil Manuel, permanecía en aquel lugar, recordando tristemente su conversación de la noche anterior con la hija de Enriqueta, y pasaba por su imaginación, como un pensamiento de muerte, aquel re-

lâmpago azulado, y á su luz rápida, aquella demacración y aquellos ojos hundidos de la mujer querida. Mucho tiempo estuvo allí; algunas veces creía entrever en uno de aquellos miradores que contemplaba á lo lejos, la bella figura de Carmen. «¡Pero era su deseo y nada más.» A la puesta del sol, esperó igualmente en aquel sitio la llegada de Jacinta, y de este modo llegó la noche; entonces dejó el castillo, comprendiendo que nada nuevo ocurriría cuando Carmen no le avisó: no queriéndose apartar de su casa, anduvo en los alrededores como había á Carmela ofrecido, y no la encontró tampoco: por muy resignado que estuviese, hacíasele imposible resistir el deseo de verla en aquel instante, cuando después de tanto tiempo solo consiguió estar á su lado un momento y en la oscuridad; tenía también deseos vehementísimos de verla á la luz del día; ansiaba cerciorarse de si eran ó no fundadas las inquietudes que por su enfermedad sentía desde la anterior noche.

Abismado en sus ideas llegó al *monasterio*

de las rosas: este convento se sitúa muy cerca también de la casa de los Saldívar y es hermano gemelo del castillo; quiero decir con esto, que está igualmente ruinoso y estropeado; también la yedra como serpientes de verdosas escamas retuércese en las columnas de carcomida piedra; también las galerías que dan al patio, están desprovistas de barandas; parte de las techumbres, derrumbáronse en anteriores inviernos con la furia de los temporales; lo único que del convento se conserva un poco, es la capilla, aunque también está en estado lastimosísimo; volviendo la cabeza desde el altar mayor encuéntránse lo ojos con el balconcillo de madera del coro, hecho pedazos; debajo del púlpito de encina tallada, representando algunas escenas de la Pasión, había un atril lleno de telarañas; un crucifijo roto y debajo del atril, algunas hojas amarillas de un infolio, apolilladas; por este orden hallábase toda la iglesia, cuyo suelo blanco del polvo, cruzábase como tupida red, en multitud de surcos finísimos

que hacían los ratones paseando á sus anchas. Hay en Laurona diferentes versiones, sobre lo que unos llaman historia de este convento, y que otros se limitan á llamar tradición; pero sí se sabe positivamente, que tuvo la comunidad un prior en cierta época, que hizo pacto con el demonio, para que este le proporcionase todas las vírgenes que se antojaran á su concupiscencia sin freno; las cuales vírgenes tenían su asilo en cierta cueva, uno ó dos meses, mientras el prior alimentaba su hambre de sátiro, en las noches calladas, con la vista de puros rubores y el bocado de carne virgen. *La cueva del fraile* es muy famosa entre los indígenas lauronenses y la enseñan al forastero con supersticioso horror. También se sabe de fijo, que su nombre, *de las rosas*, lo debe el convento á la gran lozanía de las bellísimas huertas de que se rodea, donde abundan, con una profusión que encanta, los magníficos rosales.

Lo mismo que en el castillo, subió Manuel al campanario de la iglesia; era una torre

ancha y cuadrada; sus muros de arcilla, de color parduzco, y negra en algunas partes, presentaba unos aspilleros semejantes á enormes grietas, que servían para dar luz al interior de la torre, alumbrando difícilmente su retorcida escalera de peldaños enormes y corroídos.

Remataba el extremo de la torre por un cono agudo, y allá, en la punta, alzábase una gran cruz, con los brazos abiertos siempre, quizás por misteriosos mandatos divinos, para servir de regazo á las pobres golondrinas. Brotaba fresquísimo manantial entre las hendiduras de unas rocas inmediatas, y era digno de oír algunas veces, al caer de la tarde sobre todo, el suave concierto formado por los trinos de las aves, allá, en los brazos de la cruz; el cantar dulce de los pastores; el rumor tenue de aquel arroyo límpido y chispeante, brotando de las hendidas piedras con alegría bullidora, y allí, como surgido del mismo fondo de la iglesia, la brisa acariciando las rosas, con rumores

de besos, de aletear de pájaros y suspirar de vírgenes, y hasta parece que se escucha entre todo este concertante melancólico y vivificador á la vez, de la naturaleza, los cánticos tristes, los quejumbrosos salmos penitenciales de los monjes de aquel convento, que hoy se contempla desde su terraza, como el cadáver de un santo escondido por invisible poder en una inmensa sepultura de flores.

En aquel terradillo pasaba Manuel todas las tardes algunas horas: amaba aquel sitio por la grandiosidad y la tristeza, que se amoldaban á su corazón y á sus pensamientos. Once días habían transcurrido y el estado de cosas era igual: una sola vez pudo hablar con Carmen, aunque se escribían con frecuencia. Sin embargo, notaba Manuel cierta animación en sus cartas: hizo algunas preguntas sobre esto, en las que él escribió á Carmen, pero obtenía contestaciones vagas; conocíase que Carmen tenía algún proyecto oculto que no quería revelar hasta



estar segura de su buen resultado. Nada decía Carmela, tampoco, de su madre: preguntó Manuel á Jacinta y esta guardó silencio también, mirándole osca.—¡Urrio,—le decía algunas veces de mal humor,—que tú has tenido la culpa de todo! ¡anda, mosquita muerta!—y le volvía la espalda sin decir otra cosa.

Notó Manuel, asimismo, que el mal humor de Jacinta iba cediendo, y hasta la oyó bromear y reir una tarde cerca del monasterio con unos *cazurros* que le hacían la ronza. Esto metió en cuidado á Manuel: alguna gran novedad tenía que ocurrir cuando Jacinta se permitía aquel sorprendente lujo de satisfacción. Vióla Manuel jugar aquella tarde con los campesinos; eran tres mocetones, robustos y colorados, de ojos chispeantes y negrísimos y de labios gordos y de color de guinda; uno era primo de la moza, y los otros dos, amigotes de antaño; pero la sin par doncella gustaba de los tres, aunque los ponía de *jastiales* y de mulos, que no que-

daba por donde agarrarlos: en esta ocasión parecía la muchacha más alegre, y ellos tomaron su alegría como buen augurio: se lanzó uno á ella en el camino, con la inocencia de Dios, y á poco sino la tumba sobre unos zarzales; los dos que quedaron como espectadores, reíanse á carcajadas, y Jacinta y el *contrincante* reían lo mismo: él, queriendo ver la manera de besar el carnososo cuello de Jacinta, y asestándole Jacinta tremebundos puñetazos en el rostro y en la boca: casi estaba ya el valiente para conseguir su objeto, cuando ella, encendida por el calor del combate, exclamó de pronto echándose á un lado.

—Ea, estate ya quieto, mulo, ó me pongo seria;—paró en sus arremetidas aquel, y siguieron en las risotadas descomunales; mientras ella arregló su falda y el cuello del vestido, Manuel se había ido aproximando lentamente al grupo que formaban los cuatro; al llegar á la moza, vió que caía un papel, al arreglarse esta la falda. Retiráronse los

amigos de Jacinta, riendo aún, y la preguntó Manuel entonces:

—¿Hay alguna novedad?

—Hoy, ninguna; pero me ha dicho la señorita, que mañana quizás podrá usted ir por la noche,—y se alejó muy diligente.

Ya solo, cogió el papel; se fijó en su contenido y lanzó una exclamación: estaba fechado dos días antes y dirigido á Jacinta. Decía así:

«Pasado mañana, baja á la estación, al tren de la noche; á nadie digas que voy á Laurona, y ten mucho interés en hacerlo así, si quieres á tu hermano.

PEDRO.»

¡Pedro llegaba aquella noche!





V.

HABÍA tomado Jacinta el camino de la estación, para lo cual dirigíase á la *cañada del moro*, con la misma diligencia que cuando se separó de Manuel. Allá iba, alborozada, como jamás lo estuvo; porque era verdad, sí, Pedro llegaba aquella noche. La prueba más grande que Jacinta podía dar de su amor á Pedro, habíala dado en aquella ocasión. Estar callada.

Siguió efectivamente el encargo que Pedro la hacía en su corta epístola, aunque sin explicarse aquellas ocurrencias «del demonio de hombre; però en fin; á ella le importaba

un pito aquello y esto y lo del otro lado, con tal de que hubiese parecido, que era lo importante; menudo alegrón iba á recibir doña Enriqueta!» Descendía por la *cañada del moro*, en estas reflexiones. Iba anocheciendo, pero no se cuidaba Jacinta de tal cosa; la oscuridad no la impedía caminar, como si pisara las mullidas alfombras del lujoso palacio de Madrid. «¡Buena niña era ella!» Con el vestido levantado hasta la rodilla, como tenía por costumbre para andar por el campo, saltaba como una liebre por los espesos matorrales; no se asustaba Jacinta por tan poco, avanzando así, entre pedruscos y jaras, tranquilamente.

Salió al fin á la carretera—de tal modo llaman los de Laurona, al miserable caminejo de herradura—encontrándose á los pocos momentos en el andén de la estación. En su ansiedad de ver á Pedro, habíanle parecido las horas muy cortas; no eran aún las nueve. Esperó por allí; «muerta de coraje porque el ferrocarril no andaba» y era

su boca, torrente desbordado de palabrería, pareciendo su murmurar un rezo fervoroso. En su fantástica imaginación meridional, daban vueltas los sucesos que se figuraba habrían de ocurrir inmediatamente que Pedro viese al Sr. de Saldívar: «Eso es, sí; ¡ya lo creo! Pedro le dirá á D. Andrés;— Bueno, vamos, ¿y usted por qué no los casa? —El viejo contestaría cualquier cosa. ¡Es claro! ¿qué había de contestar? Perfectamente. Periquín entonces, cierra los puños, da unos cuantos gritos ¡y ajajá! ya tenía D. Andrés el resuello metido para adentro. ¡Eso sí; eso sí que estaba bien! Bueno; retebueno. Don Andrés se quedaría aguantado como un zorro; el muy mocososo de Manuel, con su carita de vela á medio apagar, se casaría con la otra pelagarsa; doña Enriqueta, vería el cielo abierto, de pensar en que los dos pimpollos estaban en el cielo, y D. Andrés tomaría el cielo con las manos; de modo, que habría cielo para todos, hasta para ella, para Jacinta, no viendo ya más caras *foscas* que

la de D. Andrés: importábale poco, porque ¡lo que es al viejón le tenía unas ganitas, que ya, ya! D. Andrés, desde luego, tendría que morirse á las dos ó tres semanas de una pataleta: muerto el perro se acabó la rabia; vivirían, doña Enriqueta, Pedro, Carmela y Manuel muy juntitos, dándose el agua ábuches y aquí se acabó mi cuento

con pan y pimientos
y rábanos tuertos».

En tan serias reflexiones encontrábase, cuando se oyeron algunas campanadas: era la señal de que el tren salía de la estación próxima: estaba aún Jacinta en los postres de pimientos y rábanos de aquella historia hermosísima que se forjó para lo porvenir, cuando oyeron, muy lejano aún el agudo pitar, y la trepidación fuerte, en el silencio de la noche, que formaban las ruedas del tren, silbando en su velocidad sobre los rails. Salía el tren escapado de la boca del túnel, como

enorme bestia furiosa, de su gran cubil, con los grandes faroles frontales, de luz cárdena como ojos relampagueado; abiertas las válvulas y escupiendo gruesos chorros de vapor, como si por todos lados se escapase la vida al gran mónstruo.

Llegado que hubo á la estación, abalanzóse Jacinta hacia un coche de primera; Pedro estaba allí, asomando la cabeza por una ventanilla; contuvo la pobre mujer el grito de satisfacción que había ya en su garganta, al contemplar el semblante adusto y los ojos sombríos del hombre, cuya cabeza se iluminaba en aquel punto, con la luz de uno de los reverberos de la estación. Bajó Pedro precipitadamente al ver á Jacinta, la impuso silencio con una frase, breve y seca, y salieron de la estación, tomando el camino de la *cañada del moro*.

Allí que no podían verla, se entregó Jacinta á sus expansiones de cariño, á que Pedro correspondió con gratitud. Inmediatamente preguntó á Jacinta por la señora, y

ella le puso al corriente de todo lo que en la casa ocurría.

—Vete—dijo Pedro, cuando hubo terminado Jacinta de hablar,—que nadie sepa que llegué; cuando estén dormidos, abre con mucho tiento para que no se aperciban: haz también que queden abiertas las habitaciones de mi tía.

—Bueno, bueno—dijo la muchacha á todo; —pero prométeme una cosa; anda hombre, prometémeela y no seas así.

—¿Qué quieres?—interrogó él al fin, con impaciencia.

—Que no te vayas otra vez sin que yo lo sepa, á lo menos.

—Bien; está prometido.

—Bueno, entonces, adiós,—exclamó Jacinta llena de alborozo,—no creas tú; ya sé que cumples todo lo que prometes; no será como D. Andrés: mira, lo que es ese me parece á mí que ha prometido muchas cosas en su vida, pero que no cumplió ninguna: ¡ay, Perico, le tengo atravesado en la nuez...!

¡qué quieres! hombre, no lo puedo remediar; ¡ea! adiós Periquín, adiós, chiquillo, ¡adiós, adiós! y saltó á su cuello que rodeó con sus brazos, cubriéndole á la par la cara de ósculos retumbantes.

Lo hizo Jacinta como lo ofreció, y entraba Pedro en su cuarto, secretamente, al mediar de la noche. Quedó solo, cerró la puerta, encendió luz y deshizo entonces el maletín, sacando de él unos papeles que desdobló con cuidado, extendiéndolos sobre la mesa.

Eran las cartas sustraídas á D. Andrés; con aquellas cartas, había otros documentos: una declaración suscrita y firmada por Macías, confesándose cómplice en el robo hecho á D. Juan de Medrano, por D. Andrés de Saldívar y Villalobos: repasando aquellos papeles una vez y otra, había comprendido Pedro que el móvil de Saldívar al arruinar á Medrano, no fué el robo, sino dejarle en la miseria, pudiendo obtener de este modo fácilmente la mano de la que ansiaba como esposa, para presentarse luego á D. Juan como

generoso amigo que le ayudaría á restaurar su fortuna; no pudo prever que aquello costase la vida á D. Juan, porque no tenía tan alta idea del honor de un nombre y el crédito de un comerciante, pero siguió representando con la joven el papel generoso de libertador del yugo de la miseria: Pedro lo dijo; «hacía bien el señor de Saldívar en contar con la gratitud del honrado corazón de Enriqueta.» Se explicaba perfectamente ya, el hijo de Medrano, una cosa que hasta entonces no le había preocupado mucho, porque la achacó siempre al innegable y concentrado amor que D. Andrés profesaba á su esposa: lo de que D. Andrés hubiese legado á Enriqueta como dote, al efectuar su casamiento, una suma igual á la que constituía la riqueza del difunto Medrano, dinero de que jamás había querido hacer uso el senador del reino.

Sacó Pedro después una cartera del bolsillo, y de la cartera otros papeles: dábale vueltas, los miraba por una y otra parte, los leía con avidez, y los doblaba para volverlos

á desdoblar febrilmente; parecía un usure-ro, con la calentura furiosa de la avaricia, que mueve y suena el oro, con estremeci-mientos convulsivos. Uno de los documentos era la carta de que tiene el lector noticias; aquella, misteriosa, que encontró Pedro entre las de Anselma Torres, la mujer que estuvo al cuidado de la infancia de Manuel. Por la declaración de Macías y por los otros do-cumentos que mencioné, acababa de hacer Pedro, indudablemente, su viaje.

Dobló y guardó los papeles muy bien: apagó la luz, y salió del cuarto, dirigiéndose á tuestas, á las habitaciones de su tía.





VI.

VEN acá tú, sibila de Cumas, con las grandes y terribles bellezas de tus fantasías. ¡Rodéate de tu corte misteriosa de genios, los más hermosos y los más dulces, para que sean los genios del bien! ¡Pon en sus labios la risa de los ángeles; én sus ojos la mirada de las vírgenes; en su aliento el perfume de las rosas! Que sean tus genios pálidos y hermosos, como nostalgias de amor, y que tengan alas invisibles como las brisas ledas de Laconia! ¡Venid, vosotros, grandes hombres del arte helénico, con los modelos divinos de la esta-

tuaria, maravilla de las generaciones que os siguen! Púdicas vírgenes de Roma, aquellas del templo de Numa Pómpilio; venid, venid, aunque se apaguen los sagrados fuegos. ¡Ancianos dioses de la Escandinavia; surgid de vuestros altares rotos, pero no arribéis en el Negláfero construído con las uñas de los muertos, sino en bajel lleno de perfumes y revestido de azahares y rosas! ¡Deja, Aumon, que se levanten de sus tumbas de piedra las doncellas egipcias, de frentes ornamentadas con la flor del loto! ¡Sigue, Artemisa el llanto divino de amor por el esposo muerto! ¡Y tú, Iglesia veneranda, con tus santos de piedra y la sangre de tus mártires!... ¡venid, venid todos!... la maga profunda, los genios fantásticos, los sabios escultores de Grecia, las sacerdotisas del paganismo, los dioses escandinavos, las vírgenes egipcias, la reina de Caria, y las inmensas dulzuras de la madre de las religiones... ¡venid, remontándoos con vuestras alas maravillosas sobre los muros desquiciados de los siglos, y entrad silencio-

samente en el santuario de gloria, para que estáis convocados! ¡Levantad allí, con el recogimiento y la humildad que á Dios se debe, el himno poderoso de vuestras grandezas y vuestros amores, de vuestros rezos y vuestras amarguras, de vuestras lágrimas y vuestras fantasías, y entrad en el templo! ¡En la alcoba de Enriqueta! ¡Entrad!... entrad y arrodilláos; pero en silencio, ¡en silencio!... que la santa duerme.

.....

Así entraba Pedro en el dormitorio de su tía. Era una noche que parecía estival. Un viento sutil movía débilmente la luz de la palmatoria que ardía sobre una preciosa mesa de sándalo, ricamente maqueada: el airecillo sutil introducíase por las persianas del balcón, llenando el dormitorio de vago perfume, mirra que parecía quemada ante el ara magnífica de la dormida diosa.

Iba Pedro sudoroso y pálido, con la cautela de quien se prepara á cometer un crimen; anduvo sobre las puntas de los piés

para no hacer ruido, y quedó al fin parado junto al suntuoso lecho. Sin duda estaba leyendo Enriqueta, y quedó dormida en el transcurso de la lectura. Cubríase con una sábana y una colcha, de finísima tela, que parecían perfumadas también, con aquellos odoríficos inciensos de las brisas. Tenía fuera del embozo los brazos y la mitad del soberbio busto. Leía, sin duda, teniendo como atril originalísimo y hermoso el blanco pecho, y sobre él estaba ahora el pequeño libro con la pasta hacia arriba; cogíalo aún con una mano, y extendíase otro brazo junto al cuerpo, en la sábana, como trofeo de sonrosada piedra finísima, pulimentado y suave, puesto en rica tela de armiño. Iluminaba la luz el rostro de Enriqueta, de palidez marmórea, severo como siempre, hermoso, de rasgos purísimos; iluminaba también parte del busto y lo demás de su cuerpo, á cuyas curvas maravillosas amoldábase la sábana en suaves y anchas plegaduras, quedaba confundido en la

sombra, como los terribles misterios de la hermosura de Cíteres quedan confundidos en la sombra del pecado.

Miró Pedro afanosamente el rostro de Enriqueta; tenía la frescura y la fascinación de siempre, aunque carecía entonces de su más poderoso atractivo; aquellas pupilas dilatadas y luminosas, ocultábanse ahora por los párpados plegados suavemente y unidos como á manera de fuerte yugo, con las pestañas, curvas, largas, brillantes y encadenadas unas á otras.

Avidamente contemplábala el sobrino. Allí tenía aquel rostro bello; aquella boca, que parecía modelada por los candores, como todo el cuerpo lo fué por las gracias: allí tenía á la mujer, pensamiento constante de toda su existencia; su amiga, ¡su hermana! su madre, y el símbolo divino de su pasión inmensa. La imagen real de sus sueños de amores. ¡El imposible! Allí estaba en su lecho, hermosa y confiada, en el abandono de la oculta alcoba, donde él podía entrar, pro-

fanándolo todo, por la noble confianza del ángel que dormía. Pasó Pedro los ojos del semblante de Enriqueta, y fueron á fijarse en el libro, abandonado casi sobre el desnudo pecho, y manteniéndose allí, por la inmovilidad de muerto en que Enriqueta yacía. Leyó maquinalmente unas letras grandes muy lustrosas que había en la pasta: *¡Dickens!* Vió luego el título... de la obra... *¡Ay, Nell, divina Nell!* ¿Quién mejor que tú podría descansar la pensadora frente juvenil, sobre la nítida blancura de aquel generoso pecho? comprendió entonces el hijo de Medrano, la causa de que Enriqueta gustase de aquella lectura. Era para tomar ejemplo en la santa y dulce resignación de la pobre muertecita del cementerio de Astley. Agitado y tembloroso, miró hacia todos los ángulos de la habitación, como temiendo que le sorprendiesen; inclinó luego la cabeza con lentitud y por un extraño capricho, aquellos labios suyos que podía estampar en la carne misma de la tentadora visión, se posaron si-

lenciosamente en la cubierta del tomo que sobre el desnudo pecho yacía. Fué un pensamiento originalísimo de voluptuosidad el que le indujo á besar la pasta oscura del libro, creyendo, con un goce terrible que lastimaba su corazón, que había estampado aquel beso, sobre la losa fría de una tumba! sobre la losa fría, bajo la cual descansaba aquel ambicionado cuerpo de la arrogante diosa y aquel divino corazón de la santa mártir.

Y como si aquel ósculo, atravesando la coraza de la inocencia de Nell, de que se revestía entonces el pecho inmaculado de la matrona, llegase al corazón mismo, martirizándola y haciéndole palpitar en crueles angustias, el cuerpo de Enriqueta se estremeció fuertemente. Rodó el libro al suelo; abrió ella los ojos y los volvió á cerrar. Una ráfaga de aire más fuerte, apagó la luz. Sintió ella frío; se encogió con suavidad ocultándose en la cobertura y Pedro sintió nuevamente la respiración lenta de la adorable mujer.

¡Si él hubiera podido ver entonces la dulce sonrisa que hacía desplegar los labios de Enriqueta! Pero no; habíase apagado la luz. ¡Enriqueta soñaba! Soñaba con su amadísimo Pedro. ¡Qué sueño aquél! «Había estado ella durante toda una eternidad, sumergida en un abismo profundo y medroso, sin ver la clara y vivificante luz del sol; respirando solo el aire nauseabundo y frío de aquel enorme subterráneo; oyendo unos gritos de dolor, que le torturaban el alma, porque eran de Carmela. Veía luego á D. Andrés llorando á sus plantas, y así, como pidiendo clemencia; le tendió la mano para ayudarle á levantar, y se manchó de sangre. ¡Qué horror! ¡Qué angustia! Ella cayó sin sentido. De repente, una luz suave y pálida como el destello de la gloria, iluminó aquel lugar de muerte; abrió los ojos Enriqueta, encontrándose con Pedro; ¡Pedro, que le llevaba la salvación de Carmen! ¡La alegría de Manuel! ¡La tranquilidad suya!...»

Enriqueta despertó entonces, y siguió cre-

yendo que soñaba, al sentir que la oprimían una mano tiernamente. Era su sobrino, puesto de hinojos ante la cama, cogía la mano de Enriqueta y con el rostro sobre el lecho, ahogaba allí el llanto abrasador y terrible que surgía á sus ojos, por la tremenda lucha que su pensamiento provocaba continuamente en él. «La muerte y la deshonra de D. Andrés, sería la desgracia y el oprobio de Enriqueta; ¿pero cómo consentir que quedase en la impunidad el miserable; aquel hombre mismo que causó la deshonra, y originó la muerte de D. Juan, hermano de ella, y padre suyo? ¡Ay, para vengarse de D. Andrés, tenía que herir de muerte á las personas amadas; Manuel, Carmen y Enriqueta, sobre todo. ¿Qué venganza era entonces la suya? ¿Qué castigo para el criminal, si al golpe vengador caía con ese criminal mismo, la víctima más desgraciada que ocasionó el crimen? ¡Porque la venganza era horrorosa, sí, horrorosa! Declarárselo todo á Manuel y á Carmen. ¡Qué se diesen cuenta de que el incesto se

había cometido! ¡Qué se horrorizasen uno de otro! ¡Qué se mataran en su desesperación! Enriqueta luego, reclamando de don Andrés la felicidad de su hija: sabiendo por último, que era el ladrón y el asesino de su hermano, odiándole, maldiciéndole, horrorizada de haber sido suya; de pertenecerle aún; de haber hecho con él la vida íntima del hogar y de los amores; y don Andrés, allí, humillado, loco de arrepentimiento y horror, despreciado de Carmen, de Manuel, de Enriqueta, demandando piedad, y al volver los ojos á Dios, encontrándose con los de Pedro, iracundo, febril, rodeado de las mismas llamaradas sangrientas de su cólera, como el demonio de las candentes brasas de su infierno.»

Espantándose de la misma venganza que había concebido, sentíase con fuerza para llevarla á cabo, aunque estaba dispuesto á sufrir la muerte, por el dolor eterno que su venganza echaría sobre el corazón de los otros. «No en vano corrió en pos de aquel

cómplice de D. Andrés; no en vano buscó afanosamente la residencia da Anselma... Es verdad que la felicidad de Carmen y de Manuel estaba en su mano; pero él se contaba con valor suficiente para no abrir aquella mano, de donde brotaría entonces, como el iris en el firmamento, la paz y la bonanza; la paz y la bonanza podría extenderla él sobre aquellos corazones cubiertos de luto!» Y en estas reflexiones, pasábale por su mente, el recuerdo de aquella carta de Anselma, oculta con sigilo hasta para ti, lector, desde que conoció el secreto de las maldades de don Andrés, y decía Pedro, como si intentasen arrancársela:—No he de consentirlo jamás! No he de permitir á ninguno que la conozca!

Entre sueños estaba Enriqueta, bien lejos de figurarse que era realidad lo que sueño creía. Sentíase estrechar la mano tiernamente, y experimentaba placer, dichosa con aquella presion suave. Los sollozos de Pedro, parecíanle los gritos lastimeros de dolor que lanzaba Carmela en la profunda sima, y las

lágrimas del amado sobrino, que inundaban su mano, aquella sangre que la manchó cuando cogía la mano del esposo. Y con aquella alegría y aquella pena de su soñar; con la satisfacción dulce de ver á Pedro y estrecharle, y la gran congoja de aquel abismo profundo en que estaba hundiéndose y aquella sangre de D. Andrés y aquellos gemidos suplicantes de Carmen, experimentaba Enriqueta crueles opresiones é incertidumbres y sentíase inmóvil, inanimada, sin alientos para hablar y sin fuerzas para moverse. Creyó que Pedro iba levantándose, que soltaba su mano; que se inclinaba sobre ella; parecíale escuchar su respiración fatigosa y sentía el calor del fuego de sus ojos, que le quemaba las mejillas. Sintió la cabeza de Pedro cerca de la suya, y sintió al fin un divino éxtasis, cuando los labios de Pedro se posaron en los suyos, también, y se detuvieron allí, en beso abrasador y largo, muy largo, como todos los goces de una eternidad que se reconcentran en un segundo.



VII.

ERA muy temprano cuando despertó Enriqueta; acostumbrada á la vida de Madrid, no solía madrugar mucho: pero sentíase mal en el lecho, le dolía la cabeza, y experimentaba á la vez profundo é inexplicable cansancio; quedó muy pensativa antes de empezar á vestirse, luchando por recordar los diferentes puntos de aquel sueño; todo desdichadamente, parecía á propósito para que resultase igual; todo, menos la reaparición de su sobrino. Pensando en su sobrino, se le tiñeron las mejillas de grana, cerró los ojos como para apar-



tar de su imaginación una figura siniestra que se iba allí levantando: sintióse estremecer profundamente, porque así, con los ojos cerrados, creyó ver que aquella extraña figura se inclinaba sobre ella para estampar en su boca un beso; creyó también que ardían sus mejillas y que bañaba su bellissimo cuerpo frío sudor.

¡Ay! ¡lo creía, y era verdad! Se ocultó el semblante con las sábanas, apretándolas contra los ojos fuertemente, «¡sí! ¡sí ella quería cerrarlos; tenerlos muy cerrados, para no ver la imponente visión que le besaba los labios con frenesí! En un arranque de energía, arrojó la sábana y la colcha, y se incorporó en el lecho;—pero quedó allí otra vez, en las mismas indecisiones y el mismo estado de molestia. Quería ocupar su imaginación en cosas frívolas, para no pensar en *lo otro*; pero *lo otro* era el pensamiento candente y cruel que la estaba martirizando ahora. Tenaz y valiente como en todas ocasiones, dejó entonces que la idea volase á su

gusto, para atacarla y hundirla después con la razón y la verdad «Y bien; si no hubiera sido un sueño todo, aunque el mismo sobrino la hubiera besado ¿qué de particular tenía? ¿fué por ventura la primera vez que lo hizo? y si no era la primera vez; si nada tenía de extraño, ¿por qué sentía entonces en los labios, aunque fué solo soñar, aquella marca de fuego que la quemaba aún, no ya los labios, sino el alma y el corazón?» Sintióse poseída de un pánico terrible; quiso gritar y hasta experimentó deseos de huir de sí misma, como si ella fuese un precipicio donde estaba ya para caer.

—¡Pero si yo estoy loca!—exclamó de repente. Creyéndose ya despreocupada de tales simplezas, se arrojó del lecho, para empezar á vestirse. Quiso pensar en Carmen, en Manuel, en su marido, en las tribulaciones de todos, en aquella gran lucha de corazones, y en medio de estas ideas, surgía acá y acullá, la figura, el beso... el sobrino... ¡Pero qué es esto, Dios mío!—se interrogó bruscamente,

llena de asombro y horror. Habíase quedado con los pies en la alfombra y sentada sobre el borde del lecho; los cabellos negrísimos y profusos, le caían en desorden, haciendo contraste con la tersa blancura de los hombros, magníficos, satinados y suaves, con ese color de nieve sonrosada, de las hojas de algunas flores; tenía la bata de dormir abierta un poco por arriba, con el descuído natural de la mujer en ese momento, y en el desorden propio de la ocasión, resultaba el modelado busto, una hermosa y terrible mescolanza de carnes, randas y cabellos.—«¿Por qué el sobrino jamás había pensado en contraer matrimonio? ¿por qué no se había enamorado nunca? ¡De modo que era verdad! ¡De modo que Carmen pudo haber tenido razón con aquel impulso de celos que en mala hora había sentido, para que le costase después tan dolorosas lágrimas! ¡De modo que ella podía inspirar celos aún!»—Alzó la cabeza en aquel instante y encontráronse sus ojos con la hermosa luna de un armario que tenía enfrente: se vió

allí reflejada y sintió un miedo y horror profundo. ¡Le dió espanto de su hermosura! Volvióse de espaldas al espejo y se vistió apresuradamente, experimentando á la par un dolor agudo y misterioso, y como si la cara y todo el cuerpo se le abrasase en llamaradas de vergüenza, al pensamiento de que su sobrino hubiera podido verla del modo que ella se vió.

No encontraba explicación á los sentimientos extrañísimos que la absorbían, y juzgábase perversa y cruel al posponerlos involuntariamente á otros más graves que la debían preocupar. Era lo cierto, que su inquietud hacía más profunda.—«Pero ¿será posible? ¿será posible?»—exclamó con aquella gran vehemencia de su carácter enérgico y ardiente. Haciéndose esta pregunta, se dirigió á medio vestir á la salida del dormitorio, oculta por una cortina; llegó á un gabinete contiguo que le servía de tocador y que daba paso á las otras habitaciones; la puerta de aquel gabinete, la halló en-

tornada... ¡ay! creyó entonces que de entre los pliegues de aquellas colgaduras surgía el fantasma del sueño para besarla en la boca. ¿Será verdad que ha venido? —preguntábase temblando—y sentía en su boca el beso... ¡el beso aquel!... pero un beso de su sobriño ¿por qué la hacía experimentar tales sensaciones? ¿por qué la sonrojaba?—Pero este sonrojo ¿es vergüenza de mí misma, ó qué es?—Se ocultó la cara entre las manos y al sentir en las manos el fuego de sus mejillas, se le figuró volver al sueño; y que aquel calor de su cara, era el calor de la sangre de D. Andrés.

Quedó meditando largo tiempo y llegó á un punto en que ya sus reflexiones no fueron tales, sino desbordado torrente de ideas sin concierto, extravagantes; imágenes borrosas y extrañas; todo en embrión, confuso, atropellado; y en medio de todo, como si la idea y el corazón se quedasen paralizados en el éxtasis embriagante y dulcísimo de aquel beso ardoroso que recibió anegada

en los salvajes deleites de todas las grandezas de sus pasiones.

Se levantó, sombría, ceñuda; tocó un timbre, acudió Jacinta.

—¿Ha estado alguien esta noche en mi cuarto?—preguntó bruscamente.

—Jacinta quedó temblando y como presa de gran estupor.

—¿Ha estado alguien esta noche en mi cuarto?—volvió á preguntar con acento que hizo estremecer á Jacinta.

—La doncella se encogió de hombros, con una sencillez que pregonaba á gritos su taimada malicia, y no contestó.

—¡Vete!—le dijo Enriqueta, como si hubiera acompañado sus palabras de un bofetón.

Salió Jacinta con las manos en los bolsillos del delantal, encogida de hombros aún y con gesto que revelaba claramente extrañeza y estupefacción, como si aun á solas, reflexionase en lo extraño de la pregunta de su ama; pero pensando solamente en que se había librado de buena.

Investigando recelosamente con la mirada á un lado y á otro, para ver si alguno la podía observar, se dirigió muy tranquila hacia el otro extremo de la casa; al final de unos corredores, entró en una habitación, después de abrir la puerta con llave; era la habitación de Pedro. Entró, cerró con mucho cuidado, y exclamó luego en voz baja:

—¡Hijo! buena la hemos armado.

—¿Qué ocurre?—preguntó Pedro.

—Que tu tía, que es una lagarta de siete suelas y sabe más que la palomita azul, me acaba de llamar para hacerme una preguntilla suelta.

—¿Y qué te ha preguntado?

—Nada ¡para qué! ¡Apenita! que si entró alguien en su cuarto esta noche, mientras ella dormía.

—¿Y qué dijiste?

—¡Pues qué iba á decir, tonto! me he quedado como quien ve visiones con la pregunta, como quien dice... y que yo no sé hacerlo; para qué?: ¡vaya con este!...

—Bueno, ¿irás á llamar á Manuel?

—Encargándomelo la señorita, sí.

—Te lo encargará, si es verdad lo que me has dicho de que mi tía quiere hablarle.

—Bueno, si viene ¿qué hago?

—Avisarme cuando venga, y nada más.

—Mira, acuéstate hasta luego, ¿quieres? anda, hombre; acuéstate y descansa un poco.

—Déjame,—contestó Pedro á la cariñosa indicación.

—Urrio,—exclamó Jacinta de mal humor,—anda, horrible, feo!—Yo no sé como te miro;—y haciendo un grotesco mohín, salió silenciosamente, cerrando tras sí la puerta.





VIII.

Es tiempo ya de decir, que la sensación que D. Andrés recibió fué tan grande, que le dejó herido de muerte, tratándose de la existencia moral desde luego. Por lo que toca á su estado físico, también correspondió mucho. Cerca de un mes pasó con el cerebro dislocado, después de la escena en que su esposa le hizo partícipe del gran secreto. Fortuna fué la suya—á pesar de que la desgracia parecía levantarse en su contra y para siempre—fortuna fué, repito, que durante

aquel período de su enfermedad, en que no se daba cuenta de las acciones ni de las palabras, no dijera algo, inconscientemente, por donde su mujer ú otros hubieran podido columbrar lo cierto. Muchas horas estuvo sin sentido, casi cadáver, y al volver á la vida cayó en un indiferentismo brutal, que llenaba de pesadumbre á Enriqueta. Fué reanimándose por grados y con mucha lentitud; á medida que recobraba algún vigor la memoria, sentíase horrorizado como nunca pudo estar un hombre.—¡Incestuosos! ¡Aquella fué la tremenda palabra que tenía clavada desde entonces, constantemente, en el corazón, sin borrarse nunca, sin caer, adhiriéndose allí, como con fuerte nudo hecho con fibras del corazón roto. No quiso don Andrés hablar con nadie, ni con la misma Enriqueta, y observábase que el nombre solo de las dos mujeres—la madre y la hija—bastaba para exasperarle en un grado que imponía miedo. Pareció haber envejecido; su andar era más débil, y el cuerpo, antes

erguido, encorvabase ahora como bajo el peso de enorme yugo.

Enriqueta creía comprenderlo todo y aguardaba con paciencia angelical á que se apaciguase un tanto aquella excitación, causada á su ver, por el dolor y la vergüenza de la deshonra de su hija. Esto solo, es ya suficiente y horrible para una madre; pero Enriqueta no sabia aún hasta qué punto aquel motivo de tortura parecería insignificante, si con el de D. Andrés se comparaba. Estando ya algo respuesto, pidió que le llevaran á Laurona y aunque hacía poco tiempo que regresaron de Málaga á Madrid, fué obedecido inmediatamente, trasladándose toda la familia. En un mes, solo había visto á Enriqueta dos veces: ni una sola á Carmen.

Pálido y tembloroso, con la cabeza inclinada, los ojos entornados, el entrecejo sombrío, pasaba una hora y otra: llegando Enriqueta de puntillas hasta la puerta, observábale por el ojo de la cerradura, tranquilizán-

dose cuando así le veía, en la creencia de que descansaba.

Pero ¡ay! no; aquellos momentos que á Enriqueta parecían de reposo para su marido, fueron los más amargos de su vida: cuando más vibrantes y aceradas, rodaron tremebundas, las ideas en aquel cerebro.

Ya presentía D. Andrés, que alguna cosa grande y horrible, como zarpa monstruosa, amenazaba caer sobre su organismo todo, para despedazarlo, pero no era ni con mucho tal pensamiento el que le absorbía. Era el de sus hijos: aquel cerebro de loco daba vueltas á unas imágenes extrañas, ideas estrambóticas é incomprensibles, buscando como consuelo á su mal y atenuación á sus culpas, mil razones sin fundamento: él hubiera entregado con alegría febril su hacienda y su sér todo, por levantar de sobre sus hijos, el peso espantoso que los aplastaría indudablemente, y pensando en lo imposible de la realización de estas locuras, un desconsuelo frío sin cosa ni daño á que poder compararse, se le aga-

rraba al corazón, haciéndole presa. Las ideas giraban en el caos, é intangibles y veleidosas, perdíanse en oscuros horizontes, sin tomar vida completa.

Sentía D. Andrés, un mazo grande, ¡muy grande! que le golpeaba la cabeza al mismo tiempo que el corazón; creíase mordido en las entrañas; que se las hacían pedazos también á golpes, y llevábase las manos con extravío á la abrasada y sudorosa frente. «¡Ah corazón, corazón! Si su sitio era el pecho, y si aquel lugar era solo el destinado para la misteriosa víscera, ¿por qué se levantaba hasta la cabeza, para partir con sus latidos las sienas?... ¡Fué criminal; él lo sabía! ¡pero nunca, Señor, castigo tan inmenso pudo resistir un hombre... y sin embargo, no era maldad la suya, no, imprudentes pasos de la juventud y ligereza luego!» Defendíase así el hombre, valerosamente, en la presencia de aquel juez horrible, de mirada fija y luminosa, inexorable y justo, que se le había entrado en el cerebro, en el corazón, y hasta pare-

cía á D. Andrés que en los pulmones, en las entrañas y en la sangre. «Amó á Lucía y la abandonó luego; por esta acción no se conceptuaba malo; ni las leyes, ni la sociedad, la podían anatematizar tampoco. Resultó un hijo de aquel amor: obró mal en tenerle abandonado; después se desquitó con creces de aquel abandono, poniéndole á cargo de una mujer que le cuidaba con esmero; no siendo bastante aún, le introdujo al fin en su misma casa, le educó, le hizo hombre, le dió una carrera, asegurándole además un porvenir. En otro orden de cosas, también fué vituperable su conducta, obró muy de ligero, al fingir que desaparecía la fortuna de su amigo Medrano, cuando se negó á que casara con Enriqueta; pudo después devolverle aquella fortuna que era modestísima, pudo hacer que su nombre quedase libre del deshonor, sí, pero ¡ay, Medrano había muerto! Fué una gran desgracia...» Y de este modo, iba entonces recomponiendo D. Andrés toda la historia, descartándola de lo

más horrible que tenía, para presentarla á sus mismos ojos, como el que quiere pasar los dedos por un tallo hasta llegar á la rosa, y procura antes, ir quitando con mucho esmero las espinas que le molestan.

Sufría de pronto la imaginación una extraña intermitencia, paralizándose todo á seguida en el cerebro; hacíanse confusas las ideas, hasta perderse; el pensamiento callaba, el juez tremebundo desaparecía al igual; y todo quedaba hecho una inmensa negrura, sin principio y sin fin, donde ningún átomo palpataba, donde ningún rayo luminoso ardía. Solo un pensamiento rápido; una ráfaga pronta, como estrella errante que cruza el cielo, y la insensibilidad otra vez, los ojos fijos, sin expresión, el cuerpo inmóvil, la sonrisa helada y el rostro de imbécil, y detrás de aquella negrura, un gran río de llamas que iba subiendo con lentitud, engrosándose, haciendo ondulaciones, como sierpe movable, hasta quedar convertido en aquella palabra horrorosa *¡Incestuosos!...* ¡y otra vez

la lucha que surgía de aquel mismo anatemal! ¡Otra vez el cerebro estallante! ¡La idea retorciéndose! ¡La imaginación cansada! ¡Todo aniquilándose! ¡Todo hundiéndose, y la negrura, y la paralización y la imbecilidad!

.
Y ahora es cuando yo tengo que rogarte lector, que no me califiques de imprudente, si me precipito en el relato de sucesos; que si hasta aquí fueron con lentitud, no tuve yo la culpa. Ahora es cuando sabrás lo ocurrido aquel día que siguió á la llegada del hijo de Medrano.

Sucedieron muy buenas cosas. Primeramente, una escena singular entre don Andrés y Carmen. Habíase levantado ella muy temprano, agitada por un pensamiento; el de avisar á Manuel para que fuese á ver á Enriqueta; había logrado este favor de su madre, siendo el segundo placer que pudo experimentar desde hacía mucho tiempo. Enriqueta, lo mismo que Carmen, abrigaban la

convicción de que Manuel no sería visto por el enfermo, y así hubiera sucedido á no mediar otras circunstancias.

- Quiso la mala suerte, que después de una noche de crueles insomnios, demacrado y débil como nunca, experimentara D. Andrés un deseo vivísimo de respirar el aire frío de la mañana, saliendo al jardín algunos minutos; precisábale atravesar el salón para esto, y lo reflexionó largo rato, como chiquitín que titubea por instinto, antes de cometer una acción mala.

Temía que le viesen; pero era muy temprano aún, y este pensamiento acabó de decidirle, entrando con tan agradable oportunidad en el salón, que se halló de manos á boca con su hija.

Si chocasen dos mundos, no sería tan horrible la explosión como fué la de aquellos dos corazones. Por los ojos de Carmen pasó como una nube oscura, comprendiendo la nube sangrienta que pasó por los ojos de don Andrés. El avanzó furioso, y ella cayó de

rodillas; no se detuvo y avanzó aún con el brazo levantado para asestar el golpe de muerte. ¡Perdón!—gritó ella en desgarrado grito.—¡Infame—contesto él, ronca la voz y chispeándole las pupilas. Ella cerró los ojos, llenos de lágrimas y esperó el golpe, y al final de todo esto, ocurrido en un segundo; cuando el hombre, airado y terrible, descargaba ya la furia sobre la mujer maldita, vió su semblante pálido, enflaquecido, lleno de lágrimas; las aureolas negras de sus ojos, las manos suplicantes, unidas estrechamente, como flores marchitas, agarrándose unas á otras para no caer, y comprendiendo en un instante las amarguras de la hija querida de su alma, el rugido de maldición, fué lamento acongojado, y el golpe contacto dulce. Sintióse coger Carmela suavemente y oyó una voz apagada y temblorosa.—¡No! ¡hija, si era un abrazo!—¡y ya en sus brazos, notó el temblor convulsivo de su padre; y ya los ojos fijos en los de D. Andrés, vió las lágrimas del corazón que surgían ardientes. Vió aquel rostro lleno

de arrugas; aquella faz cadavérica y lloró con él y besó aquella faz. Besó aquellas arrugas, pliegues de la carne retorcida por el insomnio de los dolores.—Le estrechó otra vez contra su pecho y con voz dulce, frases que al corazón del sin ventura semejaban himnos gloriosos, exclamó llorando:

—¡Padre de mi alma!





IX.

EUÉ una expansión, hasta brutal si se quiere, del sentimiento, que encontraba al fin motivo para estallar, en aquellos dos corazones durante mucho tiempo comprimidos. Continuaban abrazados Carmela y su padre, lejos los dos en aquel momento del mundo de la realidad, en alas de sus espíritus, que iban abrazados como sus cuerpos, por otros mejores mundos, ideales y gloriosos, aunque velados de lágrimas y como confundidos en vagos sueños. Pasando iba la crisis, y volviendo los dos á lo real de las cosas; á pensar la hija en

todo lo que estaba haciendo sufrir al padre, y á pensar el padre en la situación peligrosa y sobrenatural en que había colocado á la hija; como por un instinto de comprensión extraordinario, y como queriéndose resguardar el uno en la bondad y en la ternura del otro, estrecháronse nuevamente, teniendo después miedo de separarse, porque sus ojos no se encontraran.

Reclinó Carmela la cara sobre un hombro de D. Andrés; sus labios pálidos tocaban casi con el oído del padre... ¿pero qué melodía pura y vaga fué aquella que oyó el hombre en el mundo ideal á que el espíritu iba otra vez remontándose? Eran los labios pálidos, que se plegaban y despleaban suave y misteriosamente, así, como á ser posible, veríamos latir el corazón de las flores.

«¡Ay padre! no, nunca, no, padre mío! yo no he dejado de ser buena; déjame que te lo diga llena de rubores y de bochorno; que hablar así contigo, es lo último del padecer y purificación del pecado: yo he sido peca-

dora, ¡padre de mi corazón! pero no malvada, no criminal; y dime por Dios, lo que sería del mundo y lo que sería de los hombres, si no hubiese algo superior, á esos hombres y ese mundo, misericordioso é infinito, que perdonase y absolviese! ¡Oh, padre! ¡desdichados, sí, desdichados los que gimen con el alma ya manchada! ¡óyeme aún, óyeme! yo cometí la locura, por la inexperiencia de la juventud, de la desgracia y del amor. ¿Podrías tú decirme lo que hace la pobre materia contra enemigos tan poderosos? ¡No, no! Lo que yo deploro de mi falta, es el dolor que os he causado, muy por encima de los terribles que ya sufro de ver los vuestros, y de mi vergüenza propia: pero tengo fe, resignación, y por eso llegaré á la tranquilidad. ¡Cómo no! El sol cae sobre las flores, cerrándolas; pero luego viene la aurora y las entreabre con su frescura; deja, deja que todo lo que he sufrido y todo lo que he llorado, sea la nueva aurora que me purifique...

Sentiase D. Andrés extasiado al oirla

¡Oh, Dios mío, Dios mío!—exclamaba llorando.—¡Y es esta la pecadora!

Continuaba en tanto la dulce melodía: «Aquí, en tus brazos, teniendo mi corazón por dulce compañero de la pena, estos santos latidos del tuyo—y Carmen ponía blandamente una mano descarnada, sobre el pecho de D. Andrés:—teniendo estos latidos que me animan, y tu bondad que me sonrío, doliente y contrita, como á Dios en el altar, yo te ruego que cambies ya mi destino: ¡ay! ¡ten compasión de nosotros: mira que me siento morir y que vas á desesperarte después; tu perdón son estos brazos; ya solo falta tu consentimiento. ¡Padre!—y le miraba dulce y afligida. La miró también D. Andrés, pero notó ella con espanto que era su mirada torva; que se le encendían los ojos en flámígeros rayos de muerte; que temblaba todo, como atacado de epilepsia; que se le erizaban los cabellos y que, asiéndola fuertemente de los brazos que antes le acariciaban, la sacudió con furia y exclamó, enronquecido;

—¡Fuera más fácil, que te hiciese así pedazos!

Ella intentó retirarse, y la soltó D. Andrés, sin añadir una palabra más.

—¿Por qué me aterras?—le interrogó ella, mirándole apenada.

—¡Te vas!

—Sí,—dijo Carmen, que se alejaba con lentitud,—me voy; me voy porque no me quieres.

—¡Que no te quiero! ¡hija, qué dices?

—¡No me quieres! ¡no me quieres!—Contestó llorando Carmen, y como si fueran sus palabras el eco propio de las de D. Andrés.

—¡Carmen! ¡hija!—gritó, corriendo hacia ella.

Y Carmen salía, repitiendo:—No me quieres ¡padre! No me quieres; pero yo no te querré tampoco—y se alejó sin volver la cabeza.

Quedó D. Andrés inmóvil, mirando la puerta por donde había salido.—¡Ay!—exclamó entre un profundo sollozo,—¡para el

padre que la adora, no tiene consuelo la hija del alma; sombría y hermosa, como mi conciencia y como el corazón de su madre; mezcla de infierno y de cielo! ¡sangre de Enriqueta y mía!—«¡Qué dolor más profundo! ¡Qué sorpresa la de aquel encuentro! quiso matarla, no queriéndola infame; llegó, estaba sola; iba á descargar sobre su cabeza el golpe que la aplastara; vió su llanto y la dió un beso. ¿Por qué? ¿por qué la besó en lugar de matarla? No lo sabía; no quería saberlo; pero le volvía loco y le aterraba el desvío de su hija.»—He sido malo por ella; por ella; por mi Carmen; por el cariño suyo, comprendí mi maldad después, y el alma desde entonces, inquieta y triste con el recuerdo de lo pasado y el temor del presente, quiso purificarse para estar en contacto con la suya; fuí honrado; fuí bueno, pero al mirar atrás... ¡siempre lo mismo que ahora! Siempre la angustia, el sentimiento del mal que hice, y la imposibilidad de remediarlo... ¿Y este loco batallar adónde ha de llevarnos á todos?...»

—Á morir, si no se vence en la lucha—
exclamó Enriqueta, entrando.

Se echó atrás D. Andrés, lleno de temor.

—¿Qué dices, Enriqueta? ¿Qué sabes?—
interrogó afanoso, —¡contéstame! ¡habla! ¡Si
quiero oírte!

—Nada sé, sino que sufres: Carmen me
ha contado lo que ha sucedido; lo que aca-
báis de hablar: estaba yo dispuesta á que
hablásemos nosotros de lo mismo, y vine; he
oído tus palabras, entré, y he contestado lo
que debía.

—¡Mis palabras!

—Tus palabras, sí, que era tu pensamien-
to el que las ponía en tus labios, inconscien-
temente; tranquilízate, tranquilízate Andrés,
con respecto á la pregunta que me hicistes;
nada sé—lo repito—sino que sufres y que
te quejas en silencio.

—¿Pero qué tono es ese? ¿No estás no-
tando como me martiriza oírlo?

—¿Te enfada mi tono, te ofende?

—¡Tú enfadarme! no, es que ni yo mis-

mo puedo ya darme cuenta de mis pensamientos; creo á veces que se va levantando en mi imaginación un fantasma como el de la locura, y que en mi pecho se hunde un puñal afilado... tan afilado como esa mirada que me diriges.

—Te creo; me entristecen tus ojos, tus palabras me admiran; te miro así, no lo dudo, pero es que quisiera comprender, valiéndome de los ojos y por medio de los tuyos, ya que otra manera no exista, el fundamento de esa batalla tuya, que á todos nos hará sucumbir... ¿Ofenderte? Ya sé que nunca lo podrás creer; porque nunca olvidas tampoco la opinión que yo tengo de mí. Y de esta profunda investigación que hace mi alma de la tuya ¿qué deduzco? siempre lo mismo; que lo que encierras en tu pecho, no puede ser otra cosa que el dolor por la desgracia de tu hija, la vergüenza de su culpa, que pesará sobre tu frente: más creo aún, Andrés; el desengaño terrible que te causó, lo que crees ingrati-tud en ese niño, y te desesperas y te vuel-

ves loco,—ya ves si lo comprendo!—porque eres noble; porque eres honrado; porque ves la desdicha de los dos y quisieras remediarla, casándoles, pero á la vez te parece injusta la felicidad que entonces disfruten, por el castigo que merecen... ¿Es verdad? ¿Es verdad que todo eso piensas, y que por todo eso es tu lucha...?

La voz de Enriqueta que había sido hasta llegar aquí, grave y reposada, en relación con su faz adusta, se conmovió mucho, como siempre que de tal asunto se trataba.

Pero es preciso recordar—prosiguió dulcemente—que ni ella ni él, obraron como empedernidos, no: fué la oposición tuya, la juventud y la inocencia de ambos, como lo probó después la conducta que siguieron y el afán de los dos de remediar la falta. El es noble, Andrés; ella es bondadosa, y se quieren tanto, que esas lágrimas que engendraron en ellos la pena de haber cometido la culpa, son más que suficientes para que tu

perdón les devuelva ya la calma. Es Manuel, caballero y honrado; Carmen, niña y entusiasta, ¿qué más ha de ser preciso para que se les perdone?

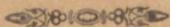
Entraba Carmela en aquel acto en la habitación. La mostró Enriqueta á D. Andrés y la hija se detuvo, inclinando la cabeza, confusa y llorosa.

—Contéplala—exclamó la madre, con acento que parecía inspirado entonces y solemne como el de las vestales sagradas de la antigüedad—¡contéplala, Andrés! ¡Mira su frente, qué hermosa! ¿Por qué, Dios mío, tras la rica galanura de ese corazón inmaculado y esa frente juvenil, están las lágrimas y la deshonra, que hasta se ve en sus ojos, como dentro de acristalada urna se viera salpicar el fango en la calle? ¡Perdónala tú, Andrés, verás cómo al unirse ellos ante Dios, seremos todos felices y tú también lo serás; que no hay gloria mayor para un padre, que la de salvar á un hijo, no ya la vida, sino la propia honra.

—¡Jamás!—esta fué la contestación única de D. Andrés.

Sintió Enriqueta subirle al rostro la sangre en ardiente oleada; se alejó de su marido, llegó á Carmen, la abrazó, la besó con frenesí, y con acento de fiera, brava, hermosa, decía á D. Andrés.—¿La crees infame? pues mira lo que yo hago —y la besaba y la abrazaba de nuevo.—Dí ya que no es honrada después de haberla yo besado... y oye lo que te digo ahora: debiera aborrecerte, puesto que tan inhumano te encuentro; te lo perdono; pero soy antes madre que mujer, y tendrás hasta mi odio, si es preciso, por la salvación de mi hija. He de ser su padre, si tú ya no lo eres. Y si no has de consentir ese matrimonio, apresúrate y pon de tu parte los esfuerzos necesarios para conseguirlo; porque yo, desde este momento, haré lo posible por casarlos sin ti.

Y salió, llevando de la mano á su hija.





X.

FUÉ verdad aquello que oyó, ó era que estaba ya loco verdaderamente. ¿Adónde acudiría? ¿adónde! Llamaba á Dios, sin que Dios le respondiera, y Luzbel en cambio, acudía sin que le invocase, ¡al abismo! ¡á sucumbir! de nada tenía ya deseos. Nada esperaba. ¿El alma? para qué la quería, si la hubiera abofeteado por imbécil, puesto que en lo profundo y más terrible de la tempestad, vertía lágrimas de dolor y no rugidos de fiera!

Con paso tardo se dirigió á uno de los balcones: allí, agarrándose á la gruesa ba-

randa, tendió la vista indiferente, por los espacios dilatados; reinaba en la campiña un silencio profundo; el sol caía sin fuerzas, como en el más templado día otoñal; estaba el cielo despejado y hermoso y aquel viente-cillo, cargado del aroma de los azahares, se introducía en los pulmones, vivificando y rejuveneciendo. Respiró D. Andrés con fuerza é inclinó la mirada; véíase á un lado el castillo con sus viejas torres caídas, y su campana hecha pedazos, y al otro, el convento de las Rosas, aislado y sombrío, como escondiéndose eternamente en su profundo y artístico panteón de hojas, ramas y flores y dejando asomar, enhiesta en su torreón, la cruz de hierro, grande y negra; y á los piés casi de D. Andrés, la gran hondonada que hacían los dos montes, del convento y del castillo, profunda vereda que tenía su curso hasta empalmar con la cañada *del Moro*.

Deleitándose la imaginación de D. Andrés, como la de un niño, llegó á distraerse un

momento, con las sencillas frivolidades que estaba contemplando. Fué, sin embargo, volviendo lentamente á su imaginación el sombrío y eterno fantasma, y otra vez entró de lleno en el gran combate. «¡Si él hubiera tenido valor en aquel acto para llamar á Enriqueta y contárselo todo!... no, no. ¡Aquello era horrible! sabrían los dos entonces, que eran hermanos... Por el miedo de que se entibiase el cariño de Enriqueta hacia él, hubo una época, cuando Manuel era muchacho aún, en que le faltó fuerza para revelar á su mujer el secreto! Si Enriqueta tuvo que seguir ignorante porque él careció hasta entonces de valor para revelar el pecado, después de la catástrofe horrenda y cruel de la infamia y del incesto que él mismo ocasionó con su torpe ceguedad y su cobarde egoismo, ¿cómo encontraría el valor que antes no tuvo, para hacer aquella revelación terrible? Si Dios hubiera querido acabar de aniquilarle, bastante y sobrado tendría con permitir que hiciese aquella revelación...»—¡No, Dios mío,

no: ¡Sería esto el desencanto de Enriqueta; la desesperación de Carmen, la desesperación de Manuel, la muerte de ambos!—«El hijo, que pediría cuenta entonces de la mujer que infamó... de su madre! Carmela, que moriría ya sin honra, retorciéndose en las horribles convulsiones de la desesperación, el horror y la vergüenza. Y entre este inmenso y horroroso torbellino de locura y muerte, Enriqueta, noble, feroz, arrogante, que le asestaría el golpe último y fatal, arrancándole el cariño de ellos! El desprecio, la maldición de los tres... y arriba... Dios, mirando!...» —¡De los tres!—repetía el infeliz, golpeando con fuerza el hierro de la baranda, hasta hincharse los puños.—¡De los tres! ¡de los únicos seres queridos del alma mía!... no, pensamientos tiranos! ¡dejadme, dejadme ya! ¡Si es absurdo! ¡Si no es posible! Primero les daría yo un abrazo de cariño, pero fuerte, ¡sí! tan fuerte, que cayeran los tres á mis plantas sin vida, ahogados por la grandeza misma de mi amor.

Miró á sus piés nuevamente, había solo algunas varas desde la pared al borde hecho por el rápido declive que iba á formar en el fondo un pequeño valle; contemplaba don Andrés ávidamente las grandes rocas, que sobresalían en la cuesta y que llegaban hasta el mismo fondo; hubo un segundo en que pasó por su imaginación, como un relámpago, la idea deleitosa de lo fácil que sería caer sobre aquellos peñascales arrojándose por el balcón, y rodar hecho pedazos hasta el fondo de la cañada; pero sintió luego vergüenza de haber concebido tal pensamiento; se creyó cobarde y suspiró profundamente: «¡Ay, no, que entonces abandonaría la suerte de aquellos desgraciados que sufrían por su causa.» Al llegar á este punto, otra idea le hirió de golpe en el cerebro, haciéndole temblar, por lo terrible, y deslumbrándole por lo ardiente y luminosa.

—¡Ah! murmuró, con la satánica dulzura de un condenado.—¿Qué sucedería si yo muriera?—Como contestación de

aquella pregunta, se hizo otras reflexiones.—¿De quién es conocido el verdadero origen de Manuel?... Solo de mí. Anselma, con quien vivió algunos años, ya no existe. El nacimiento de Manuel está registrado con otro apellido... Si por no seguir yo contemplando la agonía de mis hijos... consintiera en esa unión... ¿qué sucedería?—y temblaba el desgraciado horriblemente al hacer esta pregunta resumen y respuesta de la misma que anteriormente se hizo:—Que en un instante cambiaría todo; que se unirían! que serían felices, siendo entonces esa ventura, debida á mí ¡á mí solo!—repitió... ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Con qué seductoras formas se presenta á mi pensamiento la realización del último y más espantoso crimen! ¡Han de ser dichosos ellos, como yo consienta? Pues consiento. Quemaré todo lo que pueda identificar su nombre, y si es verdad que hay un infierno en lo profundo, á ese infierno bajaré yo á purgar esta culpa, la más grande de todas, con una inmensa eternidad de tor-

turas. ¡el pecado será terrible, espantoso! ¡pero le habré cometido yo: solo yo, ¡Dios Omnipotente! yo, que te desafío ahora á que hagas responsable á otros de mis pecados! Yo, que te pido, si quieres castigarme como merece toda la inmensidad de mi culpa, que me quites el sentido y la memoria, en primer lugar; pues ¿cómo es posible que yo sufra, aunque esté mi cuerpo abrasándose en las llamas y aunque esté pesando eternamente sobre mí tu mirada divina y justiciera, ni cómo he de arrepentirme de haber pecado, si ese pecado monstruoso es la felicidad de ellos?

Salió apresuradamente, y allá se fué derecho, erguido, llamando á grandes voces á su mujer y á Carmen; hubiéranse extrañado de verle, y tanto parecía su rejuvenecimiento en aquel instante, destello último y luminoso de luz que se extingue, como sombría arrogancia de espíritu indómito que se robustece en su misma debilidad, y que se ilumina en la misma negrura que le rodea.

La habitación quedó sola un instante: parecía un desierto escenario de bellísima decoración; había pinturas en la techumbre, alegóricas del Estío; agradaba la vista el piso de preciosos mosaicos; los muebles estaban contruidos de olorosa madera de limón; los cuadros de ricas molduras, servían de ornamento á las estucadas paredes; á la derecha, una pequeña consola; sobre la consola, algunos juguetes microscópicos de porcelana y cristal, entre los que figuraban como dignos de mención un par de figurillas, puestas á un lado y á otro; eran un hombre y una mujer, ella, sonriente y él, con un dedo en los labios como pidiéndola que callara; en los rincones, sencillos pedestales, dos con macetas, los otros con preciosos yesos, que representaban á Safo y el adoradísimo Faon. Resultaba la habitación agradable, risueña, de un conjunto bello, y sin embargo, alguna cosa fúnebre parecía envolver el ambiente que allí se respiraba: hubiérase dicho que el cielo, mirando por los abiertos balcones, como

único espectador extraño á quien desde fuera se permitiría ver lo que allí pudiese ocurrir, esperaba impaciente. Algo habrían dicho también á las figuras del techo, que parecían inmóviles, como esperando al igual, la salida á escena de los personajes: Safo permanecía compungida y sin mirar á nadie; el taimadísimo de Faon, indiferente como un pedazo de yeso, y los muñequillos de la consola, puesto él en la boca el dedo, y sonriente ella, parecían decirse el uno al otro, mirándose con disimulo:

—¿Pero ha visto V. cuánto tardan?





XI.

No tardó en calmarse la impaciencia del callado auditorio: apareció un personaje; era Manuel, que acudía al llamamiento que Carmen le hizo por conducto de Jacinta. Miró á todas partes con recelo, y escuchaba con atención unas voces que decían:—«¡Carmen! ¡Enriqueta!... ¡Enriqueta!» Eran de D. Andrés aquellos gritos. Los oirían sin duda las mujeres en sus habitaciones, porque acudieron presurosas, y acudieron, como era natural, hacia la sala donde habían dejado á D. Andrés. En lugar de encontrarse con este, halláronse con Ma-

nuel: era esperado y no causó extrañeza por eso; pero ambas fueron acometidas de una impresión abrumadora; temían lo que sucedió instantáneamente. D. Andrés iba de una habitación en otra, llamándolas, en su exaltación, explicable para vosotros, hasta que volvió otra vez al punto de partida: Carmen y su madre estaban junto á la puerta por donde entraron, calladas, sin saber qué decir; Manuel, en medio de la habitación, confuso, mirándolas y temiendo también lo que ocurriría; sentíanse las pisadas y las voces de D. Andrés, más próximas... las escenas se sucedieron entonces rápidas, como exhalaciones. Entró D. Andrés, y con lo primero que tropezaron sus ojos fué con su hijo; hallábase en un período de tal exaltación, que Manuel le pareció entonces un fantasma; vió á Carmela también allí, «¡Á los dos juntos!» y lanzó un grito horrendo; Manuel, que amaba al que solo creía su protector, quiso dirigirse á él, como en aquellos tiempos de expansiones y alegrías,

cuando le daba el dulce nombre de padre. Con infinita ternura exclamó, tendiéndole los brazos:

—¡Padre mío!

La mirada de D. Andrés, al oír aquellas palabras, su exaltación, su aspecto de locura, infundieron espanto en los otros.

—¡No!—gritó roncamente.—¡No! ¡Si yo no soy tu padre! ¿Quién te ha dicho eso? ¿Quién?...

Asustada Carmen habíase replegado hacia Enriqueta, que la recibió en sus brazos, quedando las dos allí, abrazadas, inmóviles, llorosas, representando en bellissimo grupo, el dolor y la hermosura: hacíase atrás don Andrés, desencajado el semblante y la espantada vista puesta en su hijo; la separó después, fijándola en el grupo que las dos mujeres componían, tierno, consolador y dulce; y operándose en su cerebro otro de aquellos fenómenos instantáneos, reunió de una vez, lúcida y fuertemente, los recuerdos de otras épocas; vió á la hija adorada allí,

con el santo consuelo del amor de la madre, y después, al otro hijo de su corazón, en el abandono, triste, sin familia, rechazado por él... La grave y dulce figura de Lucía pareció levantarse á su presencia, pidiéndole con una santa y misteriosa sonrisa un poco de amor para el pobre hijo doliente y sin consuelo, y entonces volvió hacia Manuel rápidamente, le miró con honda ternura, le abrazó con fuerza, y exclamaba con acento entrecortado, como por agonizantes extertores:

—¡No! ¡Yo no te rechazo! ¡Ven! ¡Sí, yo soy tu padre! ¡Ven!... es decir, tu padre, no; pero soy el de Carmela, y por eso lo seré tuyo; porque tú te casarás con Carmela... ¿Lo has oído? Te casarás, ¡nunca lo dudes! mañana, hoy mismo si quieres, ahora—añadió contemplándole con extravío.— ¡Tú no sabes cuánto quise, cuánto deseé yo siempre que vosotros fuérais felices! Ya me he convencido de que no lo seréis de otra manera... y será ¡lo has de ver tú cómo será!

¡Qué rápida metamorfosis en las tres criaturas que le estaban oyendo! ¡Qué mudanza tan grande, del dolor infinito á la alegría inmensa! ¡Qué asombro al mismo tiempo, no más que de pensarlo! ¡Con cuánta emoción se desprendió Enriqueta de los brazos de su hija y se dirigió á los del marido, inundado el pecho de celestiales goces! ¡Qué dulcemente le habló, queriendo demostrarle su gratitud, hincándose de rodillas á sus piés... y qué grito de espanto y de alegría y de asombro el suyo, todo á la par, cuando al caer de hinojos sintió que la cogían fuertemente, que la levantaban!... y un acento frío, grave, clavándose en el corazón de todos, como puñal agudo, que exclamaba así:

—Levanta; la culpa se arrodilla solamente; á la virtud se pone en los altares.

¡Ay! ¡Era de su sobrino aquella voz! Todos habían quedado atónitos, con su presencia en aquel instante.

—¡Pedro!—exclamó Enriqueta ahogadamente;—corrió hacia él; quiso estrecharle en

sus brazos, pero se detuvo; su rostro se cubrió de fría palidez; le miró con terror, y trocándose aquella palidez en el rojo encendimiento de la fiebre y de la vergüenza, pensó, mirándole todavía:

—¡Oh, Dios mío! ¿Con que era verdad?

Sí, era verdad; lo vió, pudo comprenderlo en aquel instante, aunque Pedro no la dijese una palabra; Pedro había estado aquella noche en su cuarto; Pedro había estado aquella noche de rodillas ante su lecho; Pedro había besado aquella noche su mano, humedeciéndola con lágrimas; aquellas lágrimas que ella creía, en su sopor extraño, la sangre de su marido. Pasó por su pensamiento, con la celeridad del rayo, que cuando en las tristezas del sueño ella creyó que se manchaba con la sangre que D. Andrés tenía en sus manos, estuvo este de rodillas á sus piés, demandándole clemencia, y que en la realidad, ella estaba á los piés de su marido. «Pedro la levantó, dando á entender con sus palabras que no debía estar de rodillas delante del

esposo;» y en su imaginación poderosa, decía que sí, que debía estar de rodillas y pedirle perdón también, por aquellas nuevas torturas de su alma, desde que Pedro, en el misterioso recogimiento de su alcoba, selló sus labios con el beso que creía infame... «Y ¿por qué? ¿Por qué pronunció Pedro aquellas palabras? ¿Por qué la levantó violentamente? ¿Por qué D. Andrés había quedado en aquella actitud de miedo, de rabia y de sorpresa? ¿Qué había, en fin, de grave entre D. Andrés y su sobrino?» No vió ya nada; no recapitó nada; no hizo caso de Manuel ni de Carmela, que estaban allí, en un extremo, confusos y sorprendidos también, ocultando con sus cuerpos las figurillas de la consola, que parecían moverse maliciosamente y contener un grotesco mohín de burla. Se dirigió á Pedro y le miró afanosa.

—¡Pedro! ¡Pedro!—exclamó imperiosamente;—dime lo que pasa. ¿Qué haces? ¿Á qué vienes? ¿Por qué te presentas aquí en este instante?

Pedro no respondió á las vehementes preguntas de su tía. Vió esta que miraba á don Andrés con encono, y pudo oír la exclamación que al ver á Pedro lanzaba don Andrés:

—¡Pedro! ¿Tú aquí?

Tampoco contestó Pedro á su tía, pero sí á la exclamación de D. Andrés; y contemplaba Enriqueta con inquietud horrible la expresión irónica de Pedro, cuando este contestó:

—¡Aquí, D. Andrés! Si le incomodo, puedo salir.

Miró entonces la madre á los pobres enamorados, que seguían allí de pantalla á la fruición deleitosa y á los gestos burlones de las figurillas.

Safo seguía también en sus eternas dolas, y el pillo de Faon, tan fresco y rozagante como una lechuga.

—No—replicó D. Andrés adustamente;—no salgas: me contentaré con que te expliques.

—Pues espérese V., que habrá lugar para todo.

Dijo esto Pedro con un tono particularísimo cuya intención nadie supo explicarse, y añadió, dirigiéndose á Manuel y Carmela:

—Salid vosotros.

D. Andrés contuvo un ademán de ira.

—¿Y quién es bastante para mandar en mi casa de esa manera?

—Lo manda el hijo de Juan Medrano—contestó Pedro lentamente.

Sintió Enriqueta que desfallecía al recordar por primera vez en aquel instante, que Pedro sabía ya quién era el hombre que causó la deshonra y la muerte de su hermano.

D. Andrés inclinó la cabeza, diciendo á la par á sus hijos:

—¡Salid!





XII.

QUEDARON en la habitación don Andrés, Enriqueta y Pedro. La mujer, mirándoles alternativamente, y queriendo en vano sostener sus ideas, que se desbandaban en desorden furioso.

—Y bien;—dijo D. Andrés fríamente, dirigiéndose á Pedro.

—Sí, tendrá V. la explicación, que ya es hora,—contestó Pedro;—óyeme tú,—añadió dirigiéndose á su tía;—óyelo bien, que te interesa más que á todos: ¿te acuerdas? una habitación pobre, fría, de muebles viejos, ¿luz? ninguna; ¿para qué? negra sombra. La

luz hubiera sido un sarcasmo en aquel negro abismo de la miseria; aquel abismo, cuyos muebles eran solo un jérgón y dos asientos; ¿te acuerdas?—interrogó otra vez dirigiéndose á su tía, y mirando á D. Andrés sombríamente:—en aquel lecho, roto y duro, había un hombre; uno de esos parias de la sociedad, los últimos y más desgraciados; uno de esos á quienes llaman *hombres de bien*; era honrado y al verse en la infamia no pudo vivir más; sucumbía, falto de valor, de fe, despedazado el pecho, y las ilusiones muertas, como lo había sido su honra. Allí, junto á la cama miserable, como rosa junto al fango, había una mujer bella, dulce, juvenil, y un pobre muchacho á sus piés, andrajoso y mugriento; mirábales el enfermo y Dios sabe el mundo abrasado que ardía en el corazón del infeliz; temblaba la joven; gemía el niño; aumentó la sombra y agonizaba el moribundo, sintiendo en el extertor de la agonía, para que más grande y horrible fuera su quebrantamiento moral, la

amargura de tus lágrimas, de mi orfandad, de nuestro abandono...

—¡Calla, Pedro!—exclamó Enriqueta en desesperado grito...

—¡No, que era tu hermano!—contestó Pedro enérgicamente.—¿Puedes olvidar que en aquel instante yo temblaba de frío, llorando en silencio para que mi padre no viese mi llanto? ¿Puedes tú olvidar que murió bendiciéndonos y pidiendo al espirar, á su hermana y á su hijo, le devolviesen la honra de su nombre?

—No está bien lo que haces, Pedro; podías haber llegado hasta donde quisieras, sin recordar una historia que sabe tu tía tan bien como tú. ¿A qué viene entonces atormentarla con semejantes recuerdos?

Fué D. Andrés quien pronunció estas palabras, y era su voz temblorosa y triste.

—¿A qué?—repitió impetuosamente Pedro.—A que pude al fin encontrar al matador de mi padre...

—No fué muerte—dijo D. Andrés, queriendo interrumpirle.

—¡Fué deshónra!

—Luego no fué muerte—repitió D. Andrés;—tú mismo lo aseguras.

—¡Vive Dios, tío!—gritó Pedro loco de ira;—quisiera yo que me dijese V., si sabe alguna cosa de eso, cuál es muerte verdadera, entre la de morir siendo honrado, ó la de vivir siempre sin honra.

Inclinó D. Andrés la cabeza; Pedro quedó mirándole adusto, sombrío, como queriendo abalanzarse á él y conteniéndose á duras penas; chispeaba en sus pupilas ardientes, un rayo lúgubre; Enriqueta estuvo contemplando á los dos hombres y oyendo con angustia la relación de su sobrino; habíase echado al fin á llorar en silencio; oyó las últimas palabras de D. Andrés, las que pronunció Pedro á seguida; y revelándose de nuevo en ella aquel gran carácter, separó bruscamente las manos de su rostro, llegó á D. Andrés, y en voz seca y breve, como

rayo primero de una tempestad que empieza á desencadenarse.

—¿Por qué callas?—le preguntó.

Y luego, notando con asombro que su marido permanecía en silencio:—Déjalo—siguió más bruscamente aún.—Déjalo, no hables; yo contestaré por ti. Oye, Pedro: dice mi marido, que la honra de un hombre, es más que la felicidad, y más que la vida, y más que los goces todos, humanos y divinos, que puedan disfrutarse en la vida y en la muerte. Dice también mi marido, que desea morir mil veces mejor que vivir deshonrado; porque en el hombre envilecido, la vida puede importar; pero en el hombre que hace de la honra la vida, faltándole lo primero, le falta todo; dice también—añadió Enriqueta, cuyas palabras salían como atropellándose unas á otras,—que él es bueno y noble; que aplaude tu conducta y ese afán que demuestras en devolver al nombre de tu padre el respeto que tenía; y afirma, para concluir, que todo eso lo dice con el noble

orgullo de quien jamás ha tenido por qué inclinar la frente ante ningún recuerdo que humille. ¿Es verdad, Andrés? ¿Es verdad?—interrogó Enriqueta una vez y otra.—¡Contéstale! ¡Sí yo quiero que le contestes! ¡Acaba! ¡Anda pronto y no me consumas en tales tormentos! ¡Mira que voy á creer lo que no quiero! ¡Mira que voy á creer lo que será causa de mi muerte cuando lo crea! ¡Contéstale, por Dios, mira que yo siempre he creído que tú eres bueno y honrado!

—¡Siempre lo has creído!—exclamó don Andrés ansiosamente.—¡Siempre lo has creído! ¡Bueno! Contéstame tú antes, ahora ¿qué crees? Di, ¿cómo me crees ahora?

—¿Cómo?—repitió Enriqueta asombrada.—Hoy ha de ser lo que antes era; hoy creo lo que antes creía; que tú eres honrado como honrada soy yo.

—¡Enriqueta! ¿Qué tono es ese? —exclamó D. Andrés, temblando.

—¿Qué tono? Pues el que la honra necesita cuando hay una nube que pueda oscu-

recerla. ¡Ya ves!... Y la nube existe, ó en ti, á quien no veo en este instante claramente, ó en los ojos de mi pensamiento, abrasado y maldito, que no ven como debemos mirar las mujeres al marido que nos da la honra con su nombre.

Estaba Enriqueta loca, jadeante, calenturienta: en todos sus días amargos, en todas sus impresiones penosas, por horribles que fuesen; en todas sus más grandes torturas, había sentido antes un consuelo dulce como la esperanza, que parecía flotar en su cerebro con alas de ilusiones, como viéramos cernirse en el campo de horrenda batalla, sobre los cadáveres hechos pedazos, algún ángel puro de alas de oro, luminosas, extendiendo su divino hálito sobre aquel tenebroso y horrible lugar de muerte; pero ya no tenía consuelo ninguno.

Aún permanecía D. Andrés callado. Se aproximó Pedro á Enriqueta, la cogió fuertemente de un brazo, señaló á D. Andrés, y preguntó sonriendo brutalmente:

—Oye, ¿y si fuera un ladrón y un miserable?

—¡Pero tú estás loco!—gritó Enriqueta con acento que era ya rugir.—¡Si él fuera todo eso, se hubiera ya matado ante mis ojos, de pensar que yo lo podría saber, ó me hubiera yo muerto de vergüenza, de haber unido mi sangre á la suya!

—¡Enriqueta!—exclamó D. Andrés sombrío y avanzando un paso.—¿Qué has dicho?

—Lo que juro hacer: yo fuí tu esposa, y al darme, me dí pura; soy honrada y así te quiero. ¡Ay!—prosiguió cambiando de tono;—pero si estamos metidos en divagaciones que no tienen razón de ser, porque todo eso es imposible; es que parece que hemos perdido el juicio. Mira, Pedro, contéstame pronto tú, pero hablándome de él. ¿Le conoces? ¿Le has hallado, Pedro? Dime cómo lo has sabido, dime quién es, cómo se llama, que tu padre, en el cielo, estará orgulloso de ver cómo en la tierra su hijo logró, con luchas y sufrimientos, descubrir al infame y

castigarlo; y yo aquí, en la tierra, gozaré la ventura de ver cómo la justicia, tarde ó temprano, cumple su misión como debe. ¡Pero estáis los dos callados! ¡Pero habla tú, Pedro! ¿Quién fué, dime su nombre, qué te detiene?

—No es el miedo—exclamó Pedro ásperamente.

—¡Soy yo acaso la cobarde!—replicó ella, brava y hermosa como nunca, pero con frío horrible en el alma al mismo tiempo, notando la actitud abatida de D. Andrés. Quería salir de aquella duda horrorosa que la estaba ya ahogando: cogió á su vez á Pedro, le sacudió enérgicamente, y exclamó, encendido el rostro y las pupilas medio desencajadas:

—¡Pero no oyes que te exijo que hables! ¿Pero no ves tú, el que más me quieres de todos, que tu silencio me está matando?

—Pues no ha de ser ahora—dijo Pedro;—más tarde: he de hablar á solas primeramente, con tu marido... y descuida, que lo sabrás luego todo.

Le soltó Enriqueta entonces, pareciendo que de repente recobraba la serenidad.

—¡Ah, bueno!—dijo.—Si ha de ser así, cuanto más pronto hables con él, más pronto me hablarás. Adiós.

Y salió, sin que notaran los otros que volviese la cabeza.





XIII.

QUEDARON los dos hombres solos. Adelantó D. Andrés hacia Pedro, como preparándose valientemente para la lucha.

—Mira— exclamó con ímpetu—¡ni el infierno, ni Dios, ni el poderío de los hombres, en conjunto soberano, pudieran lograr lo que acabas de lograr tú, consiguiendo que yo espere así, en calma fingida, á que Enriqueta nos dejase solos! ¿Me buscabas? Aquí me tienes. Expílicate. ¿Qué deseas? No es alarde; pero ni temo ya nada, ni puede desesperarme nada.

Pedro le contempló con salvaje alegría.— Dice V. bien—repuso indómito;—despéñese el torrente, sí; que todo lo inunde, salte desbordado, rompa y azote lo que encuentre por delante, y odios, rencores, iras y venganzas del corazón, se escupan á los labios; que así, con las palabras, ¡qué digo palabras! con los insultos, más grandes serán las obras cuando empiecen.

—Me amenazas, y yo pago tus amenazas con desprecio,—exclamó D. Andrés en el mismo tono sombrío de que hacía Pedro uso.

—Pues si V. desprecia mis amenazas—repuso este,—he de advertirle, que al amenazar, no lo hago en balde.

—¡De modo, que me retas!

—¡Pues qué había V. pensado? No solamente le reto, sino que seré vencedor, como lo es el soldado valiente y noble con la chusma y la canalla... ¡Sonríase V.! ¡Dudel! ¡Por vida mía, que ese reír y ese dudar, acabarán muy pronto!... ¡Si ya estoy gozando de pen-

sar el cambio que en V. ha de operarse cuando vea las armas que yo esgrimo, no solo para defenderme, sino para atacar y hacer pedazos! unas armas terribles, que á usted parecerán envenenadas, porque sus heridas son mortales. ¿Cómo no ha de creer eso de semejantes armas, si son estas?

Había sacado Pedro algunos papeles de un bolsillo. — ¿Las está contemplando? — prosiguió, dirigiéndole una sonrisa de odio. — Me toca sonreír ahora, ¿no es cierto? ¡Sonreír! ¡Es claro! ¡Como que están en mi poder estos documentos! Cartas de Lucía á V., pidiéndole, por amor de Dios, socorro para su hijo; cartas de Anselma á V., pidiéndole la misma gracia; cartas de Macías á V., probando que mi padre le debe todo el horror de la desgracia que le llevó á la fosa. ¿Las ve V.? ¡Ya lo creo que las ve! ¡Como que ha quedado V. cual si hubiese recibido uno de esos golpes infames y traicioneros que acostumbra V. á dar por la espalda. ¿Las ve V.? — repetía Pedro con furia

de loco.—¡Aquí, aquí!—Y estrujaba los papeles entre sus manos.—¡Aquí, unidas todas! muy unidas! las pruebas de sus crímenes! la infamia y la maldad, asesinato, robo, violación!... Unidas todas, como deben estar los condenados en el infierno, ó como estarán indudablemente sus desgraciadas víctimas en la gloria, llorando sus desgracias aún después de muertos. No hablaré de la madre de Manuel, de la pobre y desdichada Lucía, cuya honra y cuya existencia fueron el pago de la pasión insensata, que por no conocerle á tiempo, le tuvo un día... hablaré de otro asunto; prefiero hablar de aquel Juan de Medrano; ¡de mi padre! del infeliz, cuyo recuerdo no olvida usted nunca; de aquel hombre honrado, generoso, que vivía del cariño del hijo y de la hermana. ¡Si lo sé todo, todo!... Usted, que se enamora de mi tía; mi padre, que conoce los amaños, las malas artes, el escaso pundonor del funesto amigo, que lo pasa como tal, pero que le detesta como cuñado; usted que sabe que le

rechaza, pero que todo lo arregla inmediatamente con tan irritante osadía como asquerosos y burdos medios; algunas letras falsas; el hombre de bien es sorprendido; las atiende; en seguida la quiebra, el escarnio luego, la deshonra, la miseria después, la muerte á lo último; usted que se presenta, y paso franco; D. Andrés de Saldívar y Villalobos, el riquísimo banquero, ladrón de la fortuna del hermano de Enriqueta, preséntase á la víctima, la ofrece su corazón, *sus bienes* y su nombre; ella, que es agradecida, acepta; tras de la gratitud, el amor; y así tenemos ya la manera, de cómo un malvado puede también refugiarse en la gloria.

—Mira, Pedro, me parecen inútiles todas esas palabras con que pretendes aterrarme: son ya tan grandes mis terrores, que todo lo que tú hagas quedará muy por debajo. Me estás inculcando, y te equivocas si crees que he de ser cobarde hasta el punto de decir que mientes. No; lo que dices es verdad: yo fuí, no lo niego; te hablé con franqueza;

háblame tú lo mismo. ¿Qué pretendes hacer?

—¡Qué pretendo!... Usted, ¿qué haría?

—¡Vengarme!

—Pues lo mismo pensamos uno y otro.

—Bueno, sí; pero dime cómo te has de vengar.

—Es muy sencillo, D. Andrés; muy sencillo y muy claro. ¡Si ha de comprender usted cuán grande será mi gozo cuando vea que os revolvéis lo mismo que fieras! ¿Que cuál ha de ser mi venganza? Llamo á Enriqueta, á Carmen, á Manuel. A Enriqueta le digo: —¡Mírale, ese es el ladrón, el asesino de tu hermano y de mi padre!... Y á ellos: Miradle, no quiere que os caséis, porque sois hermanos... ¿Se aterra á usted, D. Andrés?— continuaba Pedro con risa extraña.—Pues mire usted que su terror será más grande aún cuando les grite á ellos:—¡Incestuosos! Y ellos me oirán, y verá lleno de curiosidad lo que hacen... lo que hará Enriqueta y lo que haréis todos. Ya he dicho á usted, aunque

ligeramente, cómo ha de ser mi venganza; pero en principio, solamente en principio; que queda más aún, y creo yo que es mucho más grande lo que queda.

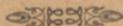
Sería imposible explicar las impresiones que D. Andrés sentía, oyendo á su sobrino; era aquel el último y más terrible golpe; quedó un momento callado, indeciso, mirándole afanoso, lejos su corazón en aquel instante de todo sentimiento de cólera: adelantó á él y le dijo en voz baja, muy baja, suplicante y temblorosa:

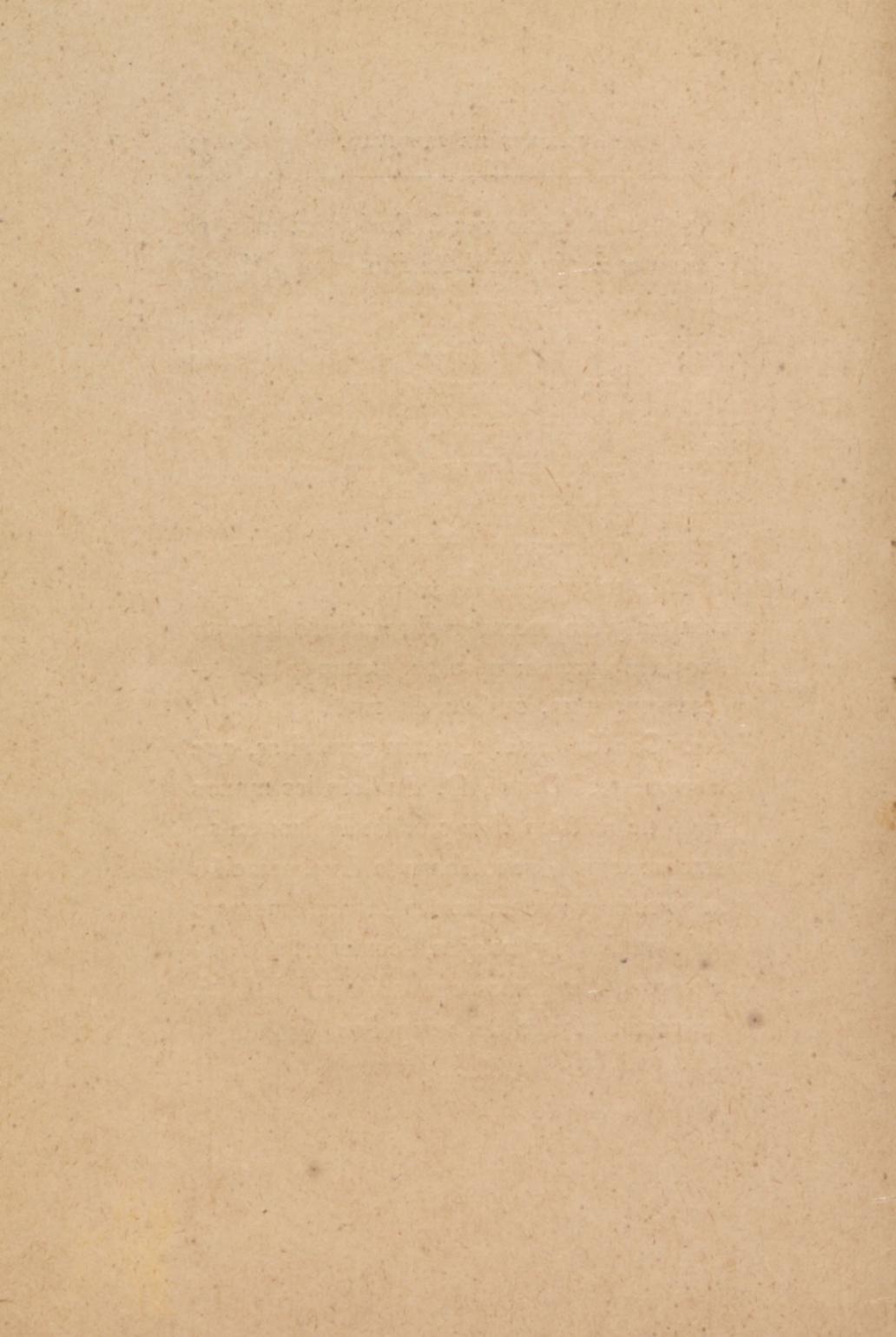
—¡Óyeme; Pedro! ¡Óyeme un minuto, nada más que un minuto! Domínate y ten calma mientras hablo, que Dios, á quien tanto mal hice, querrá poner en mis labios el tino suficiente, lo mismo que en tu corazón debe ponerlo, para que sientas lo que yo siento... Yo fuí malo, no lo dudo. Yo hice el mal; descuida, que yo lo pagaré del todo, si no lo he pagado aún con los tormentos y las amarguras de esos queridos seres de mi corazón, al encontrarme en la



impotencia para remediar sus aflicciones; ellos, mis hijos y mi Enriqueta, ¡son mi amor, mi fe, la esperanza única de hallar algún día perdón en la otra vida, si no en esta! El cariño de esas criaturas angelicales, son las alas con que mi corazón se eleva y sube, desde el cieno en que se mancilla, hasta esas esferas del espíritu, doradas y luminosas, sin noches y sin nubes. ¡Pedro! ¡Pedro! Por el cariño de Enriqueta, á quien tanto amas; por el cariño de Manuel y Carmen, que han sido tus hermanos, yo te pido que no arranques á mi corazón aquellas alas; déjale subir al cielo, no le hundas otra vez en el abismo pestilente en que se ha revolcado, porque entonces, ¡no lo dudes, Pedro! tú vas á resultar más culpable que yo. Si yo solo fuí malo, deja que yo solamente purgue mi delito; ¡por qué atormentarles á ellos, que son generosos y que te quieren! Yo haré todo lo que tú digas; yo me humillaré ante ti; yo me daré la muerte y llevaré á cabo, gustoso, los sacrificios que me impon-

gas, ¡hasta el de no ver á Enriqueta más, el de no ver á ninguno! Ancho campo tienes para extender tu venganza, contando también con todo lo que pueda inventar tu odio; pero que no sea nunca la revelación que pretendes hacer: morirán desesperados. Yo tengo sobre mi conciencia el haber causado la muerte de un hombre, ¡de tu padre! y Dios que me escucha, tendrá alguna misericordia de mí, pues lo hice loco de amor hacia tu tía y sin precaver el resultado funesto de aquella muerte; pero tú, llevando á efecto esa venganza, serás más cruel y más infame. ¡Confúndeme! ¡Perdón para ellos, que son inocentes! Cruzó D. Andrés las manos y cayó de rodillas á los piés de Pedro: en su rostro arrugado revelábase la desesperación y la sinceridad; cruzaba las manos huesosas y enflaquecidas, y los ojos, desmesuradamente abiertos, clavábalos con ansiedad infinita en el rostro tétrico del vengador.







XIV.

PERO como si el genio maldito de la venganza inflamase con sus sangrientas olas de fuego el corazón de Medrano, quedó insensible ante el desesperado discurso y las súplicas fervientes del pecador. Lo estaban diciendo sus ojos, su ademán, sus facciones contraídas, su silencio mismo: ni tendría consuelo, ni tendría misericordia para el miserable. ¿Mató? Pues que muriera.

Habló al fin después de contemplar á D. Andrés humillado; habló largo y fuerte, y todos los rayos de la gran tormenta desen-

cadena, parecía recibirlos D. Andrés con resignación heroica, inclinando la cabeza con humildad, que sin explicación ninguna, parecía terrible. Pedro estaba jadeante, colérico, encendido. D. Andrés le conocía, le estudió durante mucho tiempo; continuaba callado, por la convicción de que, á seguir Pedro de aquel modo, antes de mucho, estando ya su cólera—por terrible que fuese—algo desahogada, sería más fácil que entrara en razón.

Pero no pudo resistir más D. Andrés, pensando en que podrían oírle Enriqueta ó los otros: habló también con el mismo tono de fervorosa súplica que usó antes; invocó á Dios, á la sociedad y al amor de sus hijos y de Enriqueta; pero furioso el sobrino, en un más tremebundo arranque de cólera, gritó roncamente:—Ni Dios, ni la sociedad, ni el cariño de nadie me importa nada.

—No; no, Pedro—exclamó D. Andrés, no sabiendo ya cómo domar aquella rabia monstruosa;—no hagas eso, yo te lo pido, yo te lo imploro; tu acción será indigna, y

antes de que la lleves á cabo, yo haré todo lo que no puedas ni aun imaginar, porque no la cometas; y te lo digo otra vez, te lo repito: no tomes mis palabras como alardeos vanos, no las creas de cólera, ni menos de amenazas, sino de advertencia solo, ¿lo oyes? he de impedirlo, con lágrimas, si tú quieres; riendo como un loco, si más te acomoda, á tu capricho, Pedro; como tú quieras—repitió el desgraciado sombríamente;—hasta dándote mi vida, que es lo menos y más triste que te podría dar, y hasta matándote, si es preciso.

Estas palabras acabaron de exasperar á Pedro.

—Ahorremos conversación—exclamó, interrumpiéndole bruscamente.

—Bueno—dijo D. Andrés.—Di, en resumen, lo que deseas.

—Que responda usted ante los tribunales del robo hecho á D. Juan de Medrano...

—¿Y nada más?—interrogó D. Andrés, cuyos labios se contraían nerviosamente.

—No; fuera muy poco eso; queda lo más grande: que lean estas cartas Enriqueta y sus hijos de usted.

Sostúvose entonces entre los dos personajes un curioso diálogo seco, breve, como desgarrones; como hachazos que se daban uno á otro.

—¿Y tú aseguras que harás eso?

—¡Sí! Veré su vergüenza delante de la multitud que le escupa, como ví su infamia y su cobardía.

—¿Y qué dirá de ti ese mundo?

—Digan lo que quieran todos, el mundo es mi voluntad y no hay otro más grande ni más omnipotente. Veré también lo que dice usted á Enriqueta y lo que dice á los otros...

—¿Pero lo aseguras?—repitió D. Andrés...

—Y no habrá quien me decida á otra cosa.

—¿Ni mis súplicas?

—Ni sus súplicas.

—¡Mira que te expones!

—Tengo una vida, y ya no la quiero. ¡Conque mire usted lo que me importará esa exposición!

—No he de permitirlo—exclamó D. Andrés con acento que daba frío.—No he de permitirlo—repitió;—y avanzó algunos pasos hacia Pedro.

—¿Que no? Pues impídalo cuando quiera, impídalo. Y se dirigió Pedro á la salida, gritando:—¡Enriqueta! ¡Manuel! ¡Carmen! ¡Venid todos!

—¡Calla!—exclamó D. Andrés;—y se lanzó á Pedro, queriéndole tapar la boca. Este siguió llamando; pero quedó mudo, ante una mano de acero que oprimió sus labios fuertemente: era la huesuda y temblorosa de D. Andrés, y no podría ahora explicar de dónde sacó aquella fuerza. Envistióle el mozo bramando de ira, y se defendió bravamente: se había puesto en lucha la desesperación con la venganza. Pedro no gritó ya, sino que procuró en su rabia con-

fundir al hombre odiado, y este sentíase con fuerzas, en la esperanza terrible de conseguir para siempre el silencio del sobrino: fué espantoso y cruel lo que allí sucedió en algunos segundos: habíanse tambaleado los dos cuando Pedro acometió á su tío; en la lucha frenética forcejearon fuertemente, yendo de un lado á otro; volcáronse algunas sillas con estrépito, tropezaron con unas y cayeron los dos á la vez, revolcándose entonces como condenadas furias, ciegos, blasfemantes, iracundos, respirando fuertemente: oíanse pasos precipitados, pero ninguno de los dos cejó; al reverso, parecían aquellas pisadas espolazos que á las fieras daban; ya en esto, era una ansiedad mutua y terrible; la de D. Andrés, que Pedro enmudeciera antes que aquellos pasos estuviesen más próximos; antes de que alguno de su familia entrara: la de Pedro, hacerse oír á tiempo, aunque después lo hicieran pedazos, y no sé yo qué fuerza misteriosa hacía atirantar los músculos de D. Andrés para combatir sin des-

ventaja contra un mozo robusto y alentado como el sobrino era. Seguía la lucha más fuerte y más espantosa. Entró Enriqueta entonces: al mismo tiempo que la exclamación horrible y desgarrada que partía de su pecho al ver á los combatientes, se oyó una detonación y quedaron envueltos en densa nube de humo. Disipóse el humo y aparecieron en pie los combatientes, buscándose y devorándose ya con las chispeantes pupilas para acometerse de nuevo. Mirábalos Enriqueta espantada y atónita, sin explicarse, en medio de su tribulación, cómo tenía ya fuerza para recibir este nuevo y más terrible revés de la fortuna infausta; los miró con extravío, loca, horrorizándose. ¡Jesús! ¿Qué es esto?—decía—y se llevaba las manos á las sienes, cuyas arterias amenazaban romperse con los golpes de sus latidos. Vió á D. Andrés con las ropas estropeadas, rotas, pálido, sombrío, con las pupilas sanguinolentas: vió á Pedro lo mismo que á D. Andrés, y Pedro tenía un revólver en la

mano. ¡Gran misterio que no me expliqué aún! ¿Quién había sacado aquel revólver? ¿Quien disparó? si fué Pedro, ¿por qué tenía este el rostro y los vestidos ensangrentados? Enriqueta vió la sangre, y otro grito tremendo de locura y desesperación salió de su garganta.

—¿Quién te ha herido?—interrogó la mujer.—Y no fué voz la suya, sino bramar tempestuoso.

—¡El matador de mi padre!—Pedro le apuntaba con el revólver.

—¡De mi hermano!—gritó ella.—¡Pedro! ¿Qué dices?

—De tu hermano...—se interrumpió para dirigir la frase á Manuel y á Carmela que entraban;—y fué un grito el que les lanzó, agudo y ronco á la vez; nota de fuego, silbar de huracanes, y tétrico y sombrío como luz funeral que se apaga y espíritu malo que al abismo desciende:

—¡Incestuosos!



XV.

AHORA es cuando yo quisiera escenario y actores de carne y hueso; que es una condenación no poder explicar en media línea, el ademán, la palabra y el gesto de los personajes; y hablar mucho para explicarlo, es cosa pesada, porque se interrumpe la relación de los sucesos.

Salga como salga, he de decir que Manuel y Carmela, quedaron fríos y pálidos como la muerte al oír aquella palabra á Pedro, mirándose ya, no solamente con la angustia suprema del eterno imposible, sino con el horror monstruoso de aquella culpa

cometida; y se explicaron, no ellos solos, sino Enriqueta asimismo, aquella enérgica oposición de D. Andrés al casamiento. D. Andrés había lanzado un grito de indignación y quedó luego como la fiera abatida después de enorme lucha; pero el carácter más curioso y digno de estudio, fué el que se reveló como siempre. Sobre todo lo que Enriqueta ya sentía, se puso su amor de madre; olvidó á Pedro, á Juan Medrano y al ladrón miserable que labró la ruina de estos; se avalanzó al sobrino como una leona, le cogió un brazo con increíble violencia, y al mirarla Pedro, sintió horror de sí mismo por haber causado aquella transformación en su tía; estaba esta entonces loca, arrebatada, con el cabello medio destrenzado, á los vaivenes de las sacudidas que daba al hombre para que hablase. Y con la voz que parecía silbar estertoroso, exclamaba como si estuviera á punto de ahogarse:

—Pedro ¿qué has dicho? ¿No me oyes?
¿Qué has dicho? ¡Habla!

Pedro, con el revólver en la mano aún, pero sin apuntar ya á D. Andrés, inclinaba la vista horrorizado al ver á la mujer que amaba en aquella exaltación terrible de sentimiento y desesperación, y preso á la vez de fiera rabia consigo mismo por no tener corazón bastante duro para atender á su venganza solamente; quería el pobre mozo hablar, decir algo que definiera la situación terrible en que todos se hallaban colocados, pero de una palabra ó de otra dependía la felicidad ó la desolación eterna de todos aquellos seres; de un lado, encontrábase con D. Andrés, odioso y maldecido, con cuya muerte no se daba por satisfecho el vengador; de otro estaba Enriqueta, la santa mujer querida, la pobre mártir, la noble heroína, condenada por sus bondades y cariños para con los demás, á llorar eternamente con lágrimas de sangre y fuego culpas ajenas; la idea terrible de su padre, deshonorado y muerto, le cruzó rápida, como hálito del demonio, por el cerebro abrasado, y contestó á su tía:

—¡Basta! Ese que ves ahí—y señalaba á Manuel—es hijo suyo.

—¡Pero es que no basta!—gritó ella con frenesí.—Es que no tengo bastante con que tú lo digas, porque tú te has vuelto loco. ¡Que lo pruebes es lo que quiero! ¡Que lo pruebes!

Revolvíase Pedro desesperado: al oír aquello miró á todos con extravío; había echado de menos las cartas que enseñó antes á D. Andrés; miró entonces á este y vió que las hacía pedacitos muy menudos. Rugió Pedro y se lanzó á él; se retiró aquel y arrojó por el balcón el resto de los papeles, que estaban arrugados y rotos. El cielo, espectador de aquellas grandes escenas, se había puesto sombrío.

Desesperado Pedro, gritó á su tía, señalando los papeles:

—¡Las pruebas! ¡Míralas! ¡Míralas! Pero de nada sirvió la desesperación terrible de Pedro, ni el profundo terror de la noble mujer, ni el desconsuelo frío y espantoso de

aquellos dos corazones juveniles; de aquellos pobres niños que estaban allí, inmóviles y como petrificados. Á impulso del aire que se levantó cuando las nubes empezaban á oscurecer el cielo, los papeles fueron volando allá, muy lejos, como fúnebres aves mensajeras que vuelven al triste nido.

Pero ¿y D. Andrés? ¿Era aquel hombre un desalmado, en resumen, ó tenía un alma grande? Cuando vió la posibilidad de que por aquellos papeles no pudiera comprobar su familia las verdades que Pedro sostenía, volvió del balcón inmediatamente; vió la duda más horrible y más cruel que todo, reflejada en los semblantes lívidos y desesperados de su mujer y de sus hijos; vió á Pedro acusador y terrible; se comprendió á sí mismo criminal como nunca; pero sacando fuerzas de su mismo amor paternal, entrañable é inmenso, que estaba por encima de todas las pasiones y de todos los crímenes, puso en práctica, sin meditarlo, y solo por inspiración maldita, pero grande y hermosa,—

puso en práctica, digo—este medio, por vía de prueba solamente, á pesar de lo terrible que era, para desterrar la duda de aquellos corazones.

Se dirigió á su mujer, decidido, arrogante, hermoso en aquel arrebató incomparable, de amor paterno, y gritó con el acento inspirado de la verdad, señalando á sus hijos y mirando á Enriqueta:

—¡Mentira! ¡No son hermanos! Ese es el castigo terrible que la venganza de Pedro ha querido inventar. Como acuso esas falsedades, confieso igualmente mi culpa, al obrar de aquel modo con tu hermano, sin otro objeto que el de conseguirte. Dios me castiga con tu desprecio y con el odio de tu sobrino. Esos papeles no probaban otra cosa que el crimen mío cometido con Medrano; no quería confesarme culpable por temor á ti, á quien quiero tanto, Enriqueta; pero lo he preferido, al dolor de ver á mi hija horrorizada é infeliz para siempre, por la calumnia de Pedro.

—¿Y cómo probarás á tu vez lo que dices?—exclamó Enriqueta alentando un resto de esperanza.

—¡Ah! ¿Lo dudas?—replicó D. Andrés.—¿Lo dudáis vosotros?—Y se dirigió á sus hijos.—Pues bien,—añadió, desgarrada el alma y con terrible llanto, que parecía brotarle á los ojos como gotas de fuego.—Pues bien, ¡hija mía! ¡esposa mía! Para probarlo, no tengo ya más que mi sangre, y sobre mi sangre lo juraré...

Se abalanzó á Pedro.

—¡No, no!—gritó Enriqueta aterrada, no sabiendo lo que D. Andrés pretendía.—Pedro quiso defenderse, pero no pudo. Sin darle tiempo D. Andrés para nada, llegó á él rápidamente, le cogió el revólver... ¡Ay! Sí, todos pudieron verlo, aterrados y locos de estupor. D. Andrés se llevó el revólver al pecho, disparó y cayó de espaldas bañado en sangre. Corrieron á él los hijos y la esposa, y Pedro quedó en otro lado de la estancia, inmóvil, mudo, como el genio solemne de la

justicia. Llamaron los hijos á D. Andrés y no respondió: estaba agonizante; los ojos, desencajados y sanguinolentos, los tenía fijos en Enriqueta; contemplábale ella á su vez con ansiedad terrible; como queriendo recabar de sus ojos lo cierto de las palabras que había pronunciado. ¡Pero no estaba muerto aún D. Andrés! Le latía el corazón. Enriqueta le llamó otra vez, y se removió un poco; respiró débilmente, y como si comprendiera el moribundo el infierno que torturaba los corazones de aquellas criaturas adoradas, hizo un postrer esfuerzo, movió un brazo que tenía libre, hasta llevar sus manos á la profunda herida; levantó pesadamente la mano ensangrentada, y exclamó con la serenidad inmensa que ponía en su corazón de apóstata y de protervo, el enorme sacrificio del amor paternal:

—¡Casáos, hijos! ¡No sois hermanos! ¡Lo juro por esta que es mi sangre! Lanzó una mirada profunda de amor á Enriqueta, y quedó muerto.

Detrás del grupo formado por el cadáver y la familia, se oyó un profundo y terrible sollozo. Era de Pedro. Este únicamente había comprendido la grandiosidad de aquel juramento falso en boca de un moribundo. Este solo pudo medir hasta dónde puede llegar el sacrificio de un padre. Contemplando aquella escena, comprendió que carecía ya de valor para continuar en la venganza, y fué aquel profundo sollozo arrancado de su corazón por el recuerdo de su padre. Sintió vergüenza de verse pigmeo junto aquel D. Andrés, á quien tenía por un malvado, y en un arranque generoso, sacó una carta y exclamó arrojándosela á Enriqueta:

—El castigo de ese hombre, fué morir en la creencia de que son hermanos. ¿Ha sido él grande pronunciando al morir ese monstruoso juramento por la dicha de sus hijos? ¡Seré yo grande también al desterrar vuestras dudas, probando que, aunque no lo sabía él, no ha sido falso el juramento!

Salió sin decir más. Era aquella carta la de Anselma Torres. La leyó Enriqueta en alta voz, y estaban todos de rodillas aún alrededor del cadáver.

Decía la carta así:

Sr. D. Andrés de Saldívar.

Al tiempo de morir, voy á revelarle un secreto. Manuel no es su hijo. El verdadero Manuel, murió cuando tenía dos años. Sabiendo yo que usted no conocería al niño, porque nunca le vió, y temiendo perder el dinero que usted me daba para cuidarle, hice pasar por Manuel á otro de su misma edad. La relación detallada de todo, se la hará el sacerdote de este pueblo, por cuya instigación permití que le escribiese esta que firmo.

Pido á usted que me perdone, como yo sé que Dios me perdonará.

ANSELMA. D

Se abrazaron llorando Manuel y Carmen. Sus primeras lágrimas de felicidad caían sobre la cabeza del cadáver.

—¡Pobre Andrés!—exclamó Enriqueta dándole el último beso.—Para que volviera la dicha á tu hogar, ha sido necesaria tu muerte. ¡Dios mío!—añadió levantando las llorosas pupilas,—¿cómo he de juzgarle yo? ¿Cómo podré yo apreciar si ha sido mártir, ó si fué réprobo?







XVI.

.....

CUANDO la viuda sentía un leve peso, como suspendido de la falda, y al inclinarse, resplandeciente de belleza, contemplaba entonces la graciosa figura de aquel angelillo pálido, de ojos y cabellos negros; sentía una tristeza profunda, cogía al nieto en sus brazos, besábale amorosamente y humedecía el rostro del serafín con lágrimas de pena.

Su constante pensamiento de dulce ternura era aquel niño que ya tenía dos años, y á quien veía crecer como las flores en los ro-

sales de Laurona, risueño, juguetón y hermoso, cual si por instantes quisiera hacerse agradable para borrar del corazón y del pensamiento de su familia, las ideas tristes y las lágrimas dolorosas que había costado desde antes de nacer. Pero, ¿por qué al pensamiento de amor, dulce y entrañable, de Enriqueta por aquel niño, uníase la pena que en vano quería ocultar? ¿Qué amargor era el suyo, en medio de la desenvoltura infantil del nietecillo? Ella ponía los ojos con santo placer en las guedejas sedosas y azabachadas del niño; en sus ojos serenos y profundos; en sus carnes, que parecían de nieve y rosa; en aquel andar dificultoso; y no recordaba haber sentido ternura igual cuando Carmela tenía los mismos años; pero no recordaba tampoco haber sufrido lo que ahora sufría, ni aun en aquellos tiempos llorados y pavorosos, de eternas luchas y trágicas muertes.

¿Y Pedro? No le vió Enriqueta desde el mismo día en que ocurrió la muerte de su marido. Triste fué la boda; pero se casaron

Manuel y Carmen, y vivían felices; nació el niño y se aumentó aquella felicidad. ¡Hé aquí el misterio profundo del destino de los seres! ¡Aquellas dos criaturas eran dichosas! ¡Aquellas dos criaturas habían tenido que atravesar sobre sangre para cumplir sus deseos; lo habían logrado todo, siendo culpables, y habían hecho desgraciado á un sér que valía más que ellos! Enriqueta no pensaba así, porque era Carmen su hija; si algún consuelo tenía ahora en su desgracia, era la del convencimiento íntimo de aquella felicidad.

Cuando reinó de nuevo la calma en la familia, una calma triste y silenciosa, como la del campo-santo; esa melancolía agradable que sigue á las grandes luchas, volvió el pensamiento de Enriqueta con más intensidad á aquella noche en que el sobrino penetró en su alcoba misteriosamente. ¡Desdichada de mí!—decía en sus ratos de soledad profunda, entregándose por completo á sus tribulaciones lamentosas.—¿Á qué pensar en

lo que solo es locura? ¡Cómo me hundo desde el alto de mi dignidad para entregarme á devaneos propios de colegiala y no de mujer grave que vió la vida, desdichadamente, por el lado triste! En vano Carmela procuraba distraer á su madre de aquellas cosas, de que no habían hablado, pero que la hija comprendió al fin, porque era mujer. Su asombro no tuvo límites. ¡Su madre amaba á Pedro!

Sintió Carmela frío en el alma, adivinando la nueva serie de torturas que se prevenían contra el corazón de aquella mujer. Carmela conocía el corazón de su madre. El recuerdo de Andrés, su muerte, los lazos que á Pedro la unían, su edad, no guardando relación con la del sobrino, lo que se hablaría después, el escándalo... ¡como si no hubiese bastante con lo que ya se dió que decir anteriormente!... No, Carmela sabía que esto era mucho más de lo que su madre necesitaba, para morir primero de dolor, por grande y horrible que fuese.

Sin hablar estaban las dos un día, mirán-

dose en silencio: el chiquitín, orondo y bellísimo, jugaba entre ellas, como ocurría á menudo: hubo un momento en que Enriqueta cogió al niño y le besó con entrañable frenesí. Aquel día no pudo contenerse delante de Carmela y se deshizo en abrasadoras lágrimas. Carmela corrió á su madre, y, como aquellos días de profunda pena, la abrazó llorando.

—Mira—exclamó besándola;—antes que verte así, lo quiero todo; hasta mi desgracia propia.—Y luego añadió en un arranque que no supo contener:—¡Pedro te escribe!

Quedó mirando Enriqueta á Carmen sin atreverse á decir una palabra y encendida de vergüenza hasta lo blanco de los ojos: no sabía qué decir. ¡Qué momento aquel... y delante de Carmela! de una *hija* suya, casada y con *hijos*! «Pero, ¡gran Dios! ¿Por qué tuvo ella hija?»

—No; pues lo que es yo, no lo consiento, ya lo sabes,—prosiguió Carmela fogosamente.—Además, mira, ven acá,—la cogió de la

mano, llevándola hasta un espejo; se vieron allí las dos y encendiósele á la madre otra vez el rostro de vergüenza al verse tanto ó más hermosa que su hija; eran aquellas dos hermosuras brillantes de otros días; Carmen, repuesta de los anteriores padecimientos, siempre espiritual, pálida y vaporosa; Enriqueta, fuerte, arrogante, no desmereciendo nada su cabeza juvenil junto á la de su Carmela, modelada y altiva; hallábanse allí las dos, semejando, como siempre, el robusto roble y el arbolillo de olorosa manzana.

Na habló más Enriqueta aquel día; pero Carmen se propuso mantener la lucha. Aquella noche, cuando quedaron solas, porque Manuel salió, interrogó la hija de pronto:

—Pero ¿qué te dice Pedro?

—Déjame—contestó Enriqueta bruscamente.—Se echó mano al bolsillo, sacó la carta á que aludía Carmen, la quemó á la luz de uno de los candeleros, y se fué á su cuarto sin dar las buenas noches.

En otra ocasión, estaban comiendo; Enri-

queta parecía más triste.—Mañana me voy á Laurona,—dijo de pronto. Carmen y Manuel se miraron en silencio, dirigió después Carmela la mirada á su madre, y como si hubiese comprendido súbitamente su corazón de mujer, el corazón de la mujer á quien estaba contemplando, exclamó muy tranquila:

—Bueno, cuando tú quieras, ¿pero irás sola?

—Sola, sola,—se apresuró á decir Enriqueta.

Tres días después estaba en Laurona la viuda de Saldívar.

—Gracias á Dios que sé la causa principal de su aflicción,—había exclamado Carmen.

Paseó Enriqueta, á la mañana siguiente de haber llegado, por los alrededores de Laurona; vió la cañada del *moro*, sombría y triste con sus rocas salientes, y los dos montes celebérrimos á los lados, con su castillo el uno y su ermita el otro. Paseó también

al otro día y llegó al Monasterio de las Rosas; sobre la pequeña terraza contempló, suspirando, aquellos árboles adonde subía Pedro, revoltoso, jugueteón como un diablo: vió luego los altos paredones del castillo... también subía el muchacho á ellos para escalar desde allí las picudas y medio desbaratadas torrecillas, y parecía imposible á Enriqueta lo que le pasaba á la vez por el cerebro. «¡Era de aquel niño á quien ella misma educó y aconsejó luego como una madre, de quien recibía cartas de amor desesperado y ardiente!» Pensó entonces Enriqueta que había hecho mal en quemar la última, solo porque le habló de ella su hija. Quemó la carta por un alarde que sintió luego haber tenido, al comprender al fin que le era imposible engañar á Carmen. Y allí, en el terradillo, fija la mirada melancólica en aquellos bosques sombríos y perfumados, dió vueltas en su imaginación á las escenas de otros días, para recordar al fin, una por una, las frases ardientes de

aquella última epístola del sobrino. «Escribeme, escribeme una vez siquiera, que no viva yo en esta dolorosa agonía, pensando en que aquel sobrino tuyo á quien tanto amabas, te inspira horror; nada hay que pueda desunirnos, sino mi desesperación cuando yo salí de tu casa; el tiempo y mi cariño han hecho que todo lo olvide; podría separarnos la idea de la muerte de aquel hombre, pero sobre mi conciencia no cayó su sangre y es imposible que tú lo creas así; no, lo único que nos separa es la indignación que te causo, porque puse en ti mi corazón para profanarte con otras aspiraciones; pero no me culpes, yo no tengo la culpa de que tu hermosura y tus bondades me hayan vuelto loco; te amo, ¡ay tía de mi alma! te amo desde hace mucho tiempo; desde que tuve edad para comprender lo que es la agonía devoradora de un cariño ardiente y sin esperanza, que vive en el misterio alimentándose del imposible; te amo hasta el punto de haberlo ocultado muchos años; te



amo, hasta morirme de locura, como me estoy muriendo, de no verte, de no hablarte, de no sentir sobre mi alma como celestial rayo de gloria, la luz divina de tus serenos ojos. En mis solitarias noches de tristeza y desesperación, un dulce consuelo me alivia algunas veces, un consuelo hermoso y agradable, como los naranjos y los perfumes que rodean y embalsaman el triste Monasterio de las Rosas: la idea de aquella noche de que te hablé en otras cartas mías; he querido que lo sepas; moriré sin verte, pero nunca podrás tacharme de desleal, y por eso te confesé mi acción. ¡Ay, tú no sabes cómo se padece con algunos recuerdos! ¡Cuán egoísta es la humanidad! ¡Yo padezco, yo sufro cruelmente aún, y sin embargo, yo fui el que besé aquellos labios tuyos, en el dulce y misterioso recogimiento de tu alcoba! Yo, de alma egoísta y corazón infame... ¡Como si el recuerdo de aquella noche no hubiese sido suficiente para la ventura eterna! ¡Ya yes tú cual es mi con-

suelo! Recordar aquella dicha, morir de amargura porque no la disfruto otra vez y siempre, y soñar, muriéndome de alegría en medio de mis dolores, que tú me devuelves aquel beso.»

Llegó Enriqueta á la casa, oprimido el corazón de vagas é inexplicables torturas: sentíase mal; pasó por delante de la sala donde murió D. Andrés, cerrada desde aquel día, y aquellos terrores se hicieron más grandes. ¿Iría á pasar algo á Pedro? Al pensar en su sobrino volvió otra vez á sus ideas. Se miró á un espejo... «¡Hermosa, hermosa siempre!... Pero, ¿por qué? ¿por qué siempre ha de ponerseme delante?» Enriqueta había creído ver en el espejo la infantil cabeza y el rostro pálido del nieto.

Hacia algunas horas precisamente, tuvieron Manuel y Carmen, en su casa de Madrid, un original diálogo. Entre las caricias que prodigaba al niño, exclamó Carmen, como si contestase á una pregunta de Manuel:

—Esta noche, si es que recibió el telegrama.

—Creo que es inútil lo que has hecho, Carmen.

—¡Inútil! Eso creí yo al principio, pero ví al cabo que fuí tonta. Es preciso conocer á las mujeres: mi madre transige con todo, por grande que parezca, á causa de su amor á Pedro, que es más grande aún; transige con todo, menos con una cosa... y este picarón tiene la culpa, este picarón!—añadió Carmen, alzando en sus brazos al chiquitín y mirándole gozosa.

—Pues ¿con qué no transige?—preguntó Manuel cándidamente.

Carmen se echó á reir y contestó besando al pálido angelillo:

—Hombre, con ser abuela.





XVII.

CUANDO se retiró Enriqueta á su dormitorio aquella noche, estaba decidida á dejar á Laurona al día siguiente; de tal modo la impresionaron aquellos sitios; de tal modo sentía sobre su corazón como peso enorme y subyugante las memorias de otras épocas; en cada uno de aquellos objetos que contemplaba, presentábasele, entre otros muy tristes, el recuerdo de aquel llorado sobrino, que murió para resucitar en su alma como hombre, con su amor delirante; con las protestas apasionadas de aquel amor inmenso.

Puesta la mujer en el balcón de su cuarto, reflexionaba con abatimiento profundo: una palabra suya desterraría aquel estado, peor que la muerte, del hombre por quien ella hubiera dado la vida, y sin embargo, jamás pronunciaría aquella palabra.

¿Qué estaría haciendo Pedro en aquel instante? Tal pregunta se hizo Enriqueta, apoyados los codos en la baranda del balcón y fija la mirada en aquellos espacios dilatados, en aquel cielo tranquilo y hermoso como el alma de una virgen, con sus estrellas pálidas y dulces como la alegría de los amores castos. ¿Quién podría contestar á su pregunta? ¡Dios mío! ¿Cuándo vería ella otra vez á Pedro? Se limpió las lágrimas y quedó allí, inmóvil, triste, aspirando afanosamente aquel aire cargado de perfumes. Limitábase á lo lejos el horizonte en un festón oscuro; hundíase á sus piés la mirada en profundo valle; contemplaba á la izquierda, sobre la coronación de un monte, como nivea paloma confundíendose en oscuras gasas, la pe-

queña ermita, pudiendo ver á la izquierda los rotos murallones del castillo, sus torres medio caídas, y allá, más lejano aún, el torreón achatado y la cruz enhiesta del Monasterio de las Rosas, sombrío y misterioso siempre, y medio oculto allí «como el cadáver de un santo escondido en su inmensa sepultura de flores,» é iluminado todo por la luna como un beso de paz depositado por Dios sobre la madre naturaleza.

Se alejó la mujer de aquel sitio: nunca fué supersticiosa, pero presentía algo triste que se le aferraba al corazón, haciéndole acongojar y estremecer; dejó los postigos á medio abrir, necesitando respirar aquella brisa como alivio de sus pulmones, que parecían de fuego; empezó á desnudarse lentamente, y al echarse en la cama, sentíase presa de un desfallecimiento dulce y extraño á la vez, soñolencias agradables que le hacían recordar con ansioso y aterrador deleite el beso del hombre amado.—¡No, no; si no es posible, Dios mío! ¿Por qué esta lucha cruel

y eterna?—Hubo un instante en que quedó aterrada, sin respirar, fijos los ojos. ¡Señor, ¿qué era aquello? ¿Su extravío, su locura, ó realidad dichosa y terrible al mismo tiempo? ¿No se abrían silenciosamente los postigos del balcón? ¿No entraba por allí una sombra? ¿No se iba aproximando lentamente al lecho? ¿No sentía ya la respiración ardiente del fantasma? Fué á tirar del cordón de la campanilla y sintió que le oprimían las manos dulcemente; fué á gritar y quedaron sus labios inmóviles; sintió que se moría de miedo, de deleite, de afanes. ¡Ay, Dios! ¡Estaba soñando, en fin! ¡Qué angustia! ¡Qué placer!—¡No, no; suelta!—dijo débilmente.— Y le espantó el eco de sus palabras en el silencioso misterioso de la alcoba. Y oyó una voz ahogada que decía :

—¡Pero es posible que me rechaces! ¡Ay, Enriqueta! ¿Es posible?

¿Qué voz, qué dulzura, qué misterio de amor profundo, qué santo poema de ternuras recónditas había en aquellas palabras?

Enriqueta parecía ahogarse: se incorporó trabajosamente.—¡Oh, Dios mío! Pero ¿es verdad? ¿Es verdad? ¿Eres tú, Pedro?

Pedro no contestó y siguió como aquella noche, de rodillas, á los piés del ara.

—Pedro, ¿es verdad?—repitió Enriqueta, que temblaba fuertemente.—¿Dime si es verdad, contéstame, por Dios!

Y habló Pedro otra vez: escuchábale Enriqueta anegada en celestiales gozos; había sorprendido Carmela á su madre una carta de Pedro; telegrafió á este diciéndole que Enriqueta le esperaba en Laurona; había llegado él aquella noche... «¡Ah, Carmela! ¡Hija de mis entrañas!... ¡Cuán generosa eres y cómo me recompensas hoy de todo lo que por ti he padecido!»—Y se echó á llorar como una niña.

Pedro estrechaba tiernamente sus manos.

—¿Me rechazas? Di, ¿me rechazas?—preguntó con tristeza infinita.

Sus presentimientos, sus temores, sus amarguras, todo lo había olvidado Enriqueta en

un instante. Lo que hasta entonces parecíale absurdo, lo vió de repente tan fácil, como pisar mullido lecho de hojas de flores... ¡Ah, mujeres!

—¡No, esposo mío! ¡Cómo te he de rechazar!—dijo.—Cogió la cabeza del hombre; buscó los labios con los suyos, y le *devolvió* el beso.

.....

Y allá, en otra habitación de la casa, en aquella que sirvió de escenario á los grandes acontecimientos, cerrada y oscura siempre desde entonces, se oyó suspirar cuando Enriqueta besaba á Pedro, y se afirma que uno de los muñequillos de la consola dijo al otro:

—Vecina, ¿oyó usted algo?

—¡Caramba, vecino! Y me ha dado susto.

—¡Cállese usted, por Dios, que ha sido el muerto!

FIN DE LA NOVELA.

